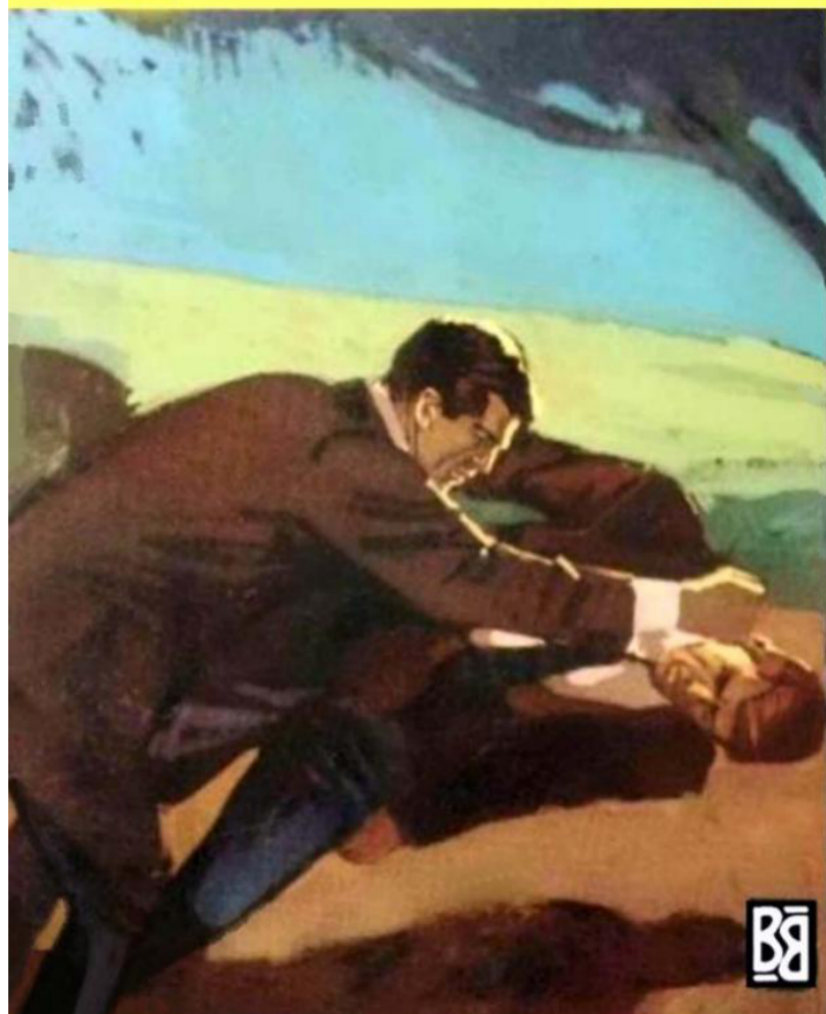


PUNTO
ROJO

traficantes de bicarbonato

vic logan



BB

TRAFICANTES DE BICARBONATO

JANE
BELLWARD



ROGER
HIDSON



Grab



VIC LOGAN

TRAFICANTES DE BICARBONATO

Col. PUNTO ROJO n.º 216
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 14.479 - 1966

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio 1966

© VIC LOGAN - 1966
sobre el texto literario

© DESILO - 1966
sobre la cubierta

© COSTA Y CARRILLO - 1966
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

N. R. 2415/66

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Nunca en mi vida me han pagado tanto para realizar un trabajo tan fácil.

¡Mil dólares! Y total por una bagatela.

Da gusto trabajar para tipos como Jack Turner. Son de esos que te lo dan todo prácticamente hecho.

Sus instrucciones fueron claras.

—«Toma un taxi. Apéate tres manzanas antes de llegar a casa de Don Cliver. Vas andando hasta su apartamento. Recoges el paquete y... luego lo matas...».

Se refería que matara a Don, claro.

Me entregó un revólver del calibre treinta y dos y aquí estoy, en el interior del taxi, camino de casa de Don, dispuesto a justificar los mil dólares que ya he recibido.

Sólo hay un pequeño detalle que al principio me preocupó bastante. Es un detalle prácticamente sin importancia. Don Cliver es mi mejor amigo.

¿Qué si por mil dólares estoy dispuesto a asesinar a mi mejor amigo?

Pues claro que no. Ni por mil ni por un millón. Yo no soy un asesino. Soy simplemente... Roger Hudson, uno de tantos que busca el modo de ganarse un honrado dólar por procedimientos más ortodoxos.

Pero ya he decidido mi plan. No coincide mucho con el de mi jefe Jack Turner, pero esto es lo de menos. Estoy seguro de que todo saldrá bien.

Debo decir, como cosa curiosa, que fue el propio Don Cliver quien me procuró el ingreso en la banda de Jack Turner. Claro que entonces yo no sabía la clase de negocios a que se dedicaba el tal Turner, ni tampoco que aquello era una banda.

En conclusión: Se supone pues que yo estoy en camino de

«liquidar» al hombre que me proporcionó el empleo.

Sin embargo, antes de que les explique mi plan para no «perjudicar» a mi amigo Don, es posible que muchos se pregunten cómo diablos me metí en semejante lío.

—Voy a complacerles...

Son muchas las cosas que uno olvida a través de los años, pero lo que yo jamás he dejado de recordar fue el consejo que me dio mi padre, que en paz descanse.

—«Hijo. Si quieres vivir tranquilo, no te metas nunca en líos».

En principio parece que seguir ese consejo es lo más fácil del mundo, pero sí, sí...

Posiblemente a mi padre se le olvidó decirme la forma para evitar los líos en que te meten los demás.

El primer culpable de que yo no pudiera seguir el consejo de mi padre, fue el mismísimo Tío Sam.

¿Cómo?

Pues muy sencillo. Bastó una simple nota de la oficina de reclutamiento.

El Tío Sam precisaba de mis servicios para ganar la guerra de Corea.

Entonces tenía yo veintiún años, que es esa edad en que uno cree que el mundo es suyo.

Pues ¡hala! A fastidiarse. Es decir... a Corea.

Ha llovido mucho desde entonces y aún me pregunto por qué diablos hicimos la guerra de Corea. ¿Sirvió de algo? Bueno... Yo tengo mi opinión particular sobre el caso. Opino que dicha guerra, con sus muertos y sus héroes, sirvió para que cientos de escritores emborronaran millones de cuartillas contándonos más hazañas de las que fue posible realizar.

Sí. Sirvió para escribir muchas novelas. Ya es algo.

Afortunadamente para mí, tuve que intervenir poco. La contienda terminó a poco de mi llegada.

Aclaremos. No es que yo sea un supermán y ganara la guerra yo solito. No. Sucedió que los jefazos se pusieron de acuerdo y decidieron que ya habían jugado bastante a los soldados.

Pero a mí me habían partido por la mitad.

En aquellas fechas, yo tenía un incipiente negocio a medias con un amigo llamado Bill Rivers. Él había quedado al cuidado del

negocio, mientras yo aprendía el coreano, pero a poco de estar en posesión de mi licencia, recibí un escueto telegrama suyo.

«Negocio al agua. Déficit total. Lo siento.
»Bill».

En algunas películas, si el protagonista recibe un telegrama así, suele tomar el primer avión y entrevistarse con su socio, que casi siempre es un bribón que ha querido quedarse con todo. Luego el protagonista le propina unos cuantos trompazos y normalmente se casa con una rubia que está de por medio.

Bueno... Eso es sólo en las películas. En mi caso no había timo, ni rubia, ni nada parecido. Las cosas fueron mal, y nada más.

Como estaba persuadido de la buena fe de mi amigo, me dije:

«¿Qué diablos voy a hacer a Nueva York?».

La proximidad del Japón y sus islas adyacentes me hizo vislumbrar una mejor oportunidad con miras a mi futuro.

Ningún interés me unía a Estados Unidos que no fuera por mi razón de ser uno de sus ciudadanos y como sea que no perdía tales derechos por probar fortuna en el extranjero, me quedé en Oriente.

Si les explico mis aventuras van a creer que exagero, por tanto es mejor que me las guarde entre mis recuerdos.

Lo único bueno que realmente aprendí fue el judo, el *jiu-jitsu* y el karate. Tres sistemas bastante parecidos de lucha y auto defensa, pero cada cual con su técnica.

Al fin decidí regresar a Estados Unidos.

No esperaba que Nueva York me acogiera con los brazos abiertos, pero sí confiaba en abrirme mejor camino entre los míos.

Contaba con mi relativa experiencia de diez años en el Japón, que me sirvió de bien poco.

Al fin, cansado de sacudirme la monotonía de ganar un sueldo fijo con escasas aspiraciones de prosperar, decidí instalar una escuela para enseñar karate, *jiu-jitsu* y judo.

Pero está visto que en mi país el único sistema para enriquecerse y llegar a millonario es haber empezado vendiendo periódicos en cualquier esquina, lo cual no quiere decir que todos los que venden periódicos lleguen a millonarios.

De cualquier modo, yo me conformaba con salir adelante. Y

salí... Salí casi con los pies por delante cuando entre mis clientes surgieron tres o cuatro tipos que habían elegido mi local para celebrar reuniones particulares, bastante contrarias a los principios de la Ley.

Supe que se trataba de *gangsters* cuando la policía cerró mi local y me detuvo con los demás.

Pude probar mi inocencia, pero me costó recuperar la clientela.

Entonces el Tío Sam me buscó el segundo lío.

Estábamos metidos de lleno en la guerra del Vietnam.

Ya me veía de lleno en medio del jaleo y entonces pensé en Jane...

Hasta aquellos días existía una especie de ley o costumbre, que libraba de vestir el uniforme a los hombres casados.

Jane era una buena amiga mía y posiblemente lo hubiese seguido siendo, de no mediar una apremiante necesidad. La de casarnos.

La necesidad era mía, no suya.

Entre la guerra y el matrimonio, me parecía más llevadero lo segundo. Se lo expuse a Jane.

—Debemos casarnos, querida.

—¿Así, de pronto? —Me miró como a un aparecido.

—Bueno, haremos como todo el mundo. Sacaremos la licencia, etcétera.

Jane no veía aquello demasiado claro. Desconfiaba de los hombres por naturaleza y pensó que yo tramaba algo.

Se lo expliqué.

Aceptó.

—¡Oh, querido! ¿Por qué no lo dijiste antes? No quiero que te maten en esa horrible guerra.

—Gracias, Jane. Sabía que acabaría aceptándome...

—Te hubiera aceptado de todos modos, Roger. Te quiero, ¿sabes?

La miré un momento.

Era realmente bonita, pero ella no hacía nada por parecerlo. Dentro de un mundo lleno de ficción y maquillaje, Jane resultaba una criatura de lo más natural.

Tenía un cuerpo bien proporcionado y dos puntales —léase piernas— de antología, pero tenía una peculiaridad: era decente.

Bien pensado no podía pedir más.

No podía pedir menos.

Llegamos tarde. El presidente Johnson había dictado una orden.

¡Se acabó el enchufe de los casados! ¡Todo quisque a la guerra!

Manifestaciones y pancartas aparte, se formaron inmensas colas en las casas de los jueces de paz y demás personas autorizadas a echar las bendiciones. Aquello habría podido titularse: «La fiebre del matrimonio».

Pero a mí la temperatura tuvo que bajarme a base de aspirinas, léase resignación:

Jane me dijo:

—Aunque nos casemos no solucionaremos tu problema.

—No, Jane —dije cabizbajo.

—Entonces es mejor esperar...

—Sí, Jane. Si tengo que ir a la guerra y hay una bala que lleve mi nombre, te quedarías viuda.

Caminamos en silencio.

Al despedirnos frente a la casa, ex, uno de cuyos apartamentos vivía ella, me miró con sus grandes ojos azules y me dijo:

—Yo te sigo queriendo, Roger.

—Sí, Jane. Lo supongo.

—Y no me importaría ser tu esposa.

Entonces me hice una pregunta a mí mismo.

¿Es justo casarse y abandonar a la esposa tal vez al día siguiente?

—Es mejor esperar, Jane —conluí—. Tal vez tenga suerte y el tío Sam no se acuerde mí.

Me pareció que sus ojos se nublaron, pero hice como si no me diese cuenta.

Le di un beso en una mejilla y me alejé.

Mientras caminaba sentí dos sensaciones distintas.

Una era la de haber recobrado mi libertad. La otra...

La otra la de haber perdido a una buena chica.

¿Pero qué podía ofrecerle yo?

Ciento cincuenta a la semana y una vida sedentaria y monótona. No. Yo aspiraba a más. A mucho más.

Pasaron los días y el tío Sam no se acordó de mí.

Yo entretanto seguía viviendo a salto de mata. Así me vi

envuelto en otro lío.

Jugué a los dados en un tugurio. Gané cien machacantes y luego, cuando fui a cambiar uno de los arrugados billetes de diez dólares para convertirlos en opípara cena, empezó todo.

Al principio no me fijé, o no di demasiada importancia en el modo en que el camarero me dijo.

—Tendrá que aguardar un momento para su cambio señor. No había suelto en la caja.

Fue quizá mi espíritu de observación lo que me hizo ver que «sí» había cambio para otros.

Entonces me pregunté: «¿Para qué me retienen?».

Quise saberlo.

El encargado de caja no fue muy explícito. Yo, según para qué, tengo poco aguante.

—Quiero el cambio.

—Por favor. No arme escándalo.

Dos camareros venían hacia mí. Yo estaba hablando con el de la caja a menos de un palmo de sus narices. Los camareros tenían intenciones de apaciguarme.

En cuanto me sentí sujeto por sus manazas, perdí la calma.

De algo tenían que servirme mis conocimientos de lucha aprendidos en el Japón.

Ambos fueron presa fácil.

Salió un tercer tipo, que ni llevaba uniforme de camarero, ni por sus modales le creí capaz de servir a una mesa.

Me pilló un poco por sorpresa y cuando vi que su puño avanzaba en línea recta hacía mi nariz ya no podía, hacer nada para evitarlo.

Esquivé ligeramente, pero la cox me alcanzó de refilón y noté que la sangre salía por mi pómulo izquierdo.

Intenté reaccionar, pero el tipo era muy rápido. Ya su otro puño alcanzaba mi mentón y yo tuve la sensación de ser levantado varias pulgadas del suelo.

Me encontré de bruces entre una mesa y varias vallas que había arrastrado con mi caída.

Y ahí estaba el gigante con los brazos en jarras esperando que yo me pusiera en pie.

Lo intenté.

Su pie se dirigió hacia mi rostro.

Pero aquella vez le vi el juego. Agarré el pie. Le retorcí hábilmente y el tipo dio un gruñido y cayó con la espalda contra el parket.

Se levantó con increíble rapidez, pero yo ya estaba al quite.

Tras esquivar una de sus acometidas, avancé un pie. El hombre lanzó otro grito al sentirse alcanzado en la espinilla. Se inclinó delante y así pude aplicarle un par de golpes con el canto de la mano.

Cayó como un fardo.

Tuve aún que dar una segunda lección a los dos camareros, antes de que llegara a mis oídos la sirena de la policía.

—¿Qué significa esto? —exclamé.

Me acerqué al cajero que me miraba con los ojos propios de un ser que acaba de ver a un fantasma. Me tenía miedo.

—Sus diez... dólares... —balbució.

De repente se hizo una luz a mi cerebro. ¿Mis diez dólares?

Eché una rápida ojeada a la caja. Había una nota visible por la parte del cajero donde había una relación de números correspondiente a diez dólares.

Era una de esas relaciones que la policía facilita cuando se trata de dinero robado.

—¡Maldita sea! —Tuve tiempo de exclamar antes de saltar hacia una puerta que comunicaba con la cocina y dependencias y que a su vez conducía a la salida de servicio.

La policía ya entraba en el local dispuesta a echarme el guante.

Yo, derribando alguna vajilla y abriéndome paso entre el personal de la cocina, conseguí alcanzar la calle.

Es obvio señalar que comencé a correr mientras tuve aliento.

De camino, mientras sorteaba autos y semáforos me iba diciendo.

—El tipo de los dados tiene la culpa. El dinero la había robado.

Cuando me detuve, estaba en el mismo Central Par, tratando de recuperar el aliento.

Allí, entre las parejas de enamorados, medité mi situación.

—«Si los del bar facilitan mis señas, soy el hombre al agua».

No es que mi descripción fuera única en todo Nueva York.

Un metro ochenta de estatura, bien proporcionado. Traje gastado pero de buena tela, cabello ondulado...

Por lo menos cien mil personas podían responder a la misma descripción, pero no es agradable que le busquen a uno y que puedan identificarle en cualquier momento. Y mucho menos agradable si no ha cometido ningún delito.

Claro que jugar a los dados no es precisamente la forma más lógica de ganarse la vida, pero no por ello se es un delincuente.

Total que me sentía como un auténtico fugitivo.

Para evitarme líos, decidí gastar mi dinero en uno de esos sitios donde raramente preguntan nada y si uno da un billete poco honrado le echan fuera antes de avisar a la policía.

Era uno de esos bares donde se pueden comer bocadillos a cualquier hora y hay salones de billar y pinballs.

El dueño, un tipo a quién todos le llaman Joey, es más alto y corpulento que yo y no precisa de guardaespaldas para espantar a los indeseables.

Fue al tercer día que yo merodeaba por su establecimiento para comer y pensar en mi oscuro porvenir cuando me dijo en el momento de cambiarme el billete.

—Me debe otros veinte.

—¿Otros veinte? —pregunté extrañado.

Joey sonrió.

—Eso es.

—¿Otros veinte qué? —insistí yo estupefacto.

—¡Pavos!

No había nadie en la barra y por lo tanto era posible hablar con calma de la cuestión.

—¿Treinta machacantes por un par de bocadillos y una cerveza? Ni que fuera el Waldorf Astoria.

—En ese lugar que tú dices no te admitirían tu moneda.

Joey lo sabía.

Comprendí que no iba a llamar a la policía. Pudo haberlo hecho antes, pero prefirió ganarse una pequeña comisión.

Por mi parte, no me asustaba la corpulencia ni el mal talante de mi interlocutor. Mi primer impulso fue retorcerle las narices y darle unos cuantos sopapos, pero no me convenía granjearme más enemigos.

Metí las manos en mi bolsillo y saqué mis últimos treinta «pavos».

—Es todo lo que tengo —sonreí.

—Lo imagino. Si supiera que tienes más te habría puesto un precio más elevado.

—Oye, Joey... Quizá más adelante pueda darte otra «comisión», a cambio de un favor...

—¿Qué clase de favor? —preguntó guardándose mis veinte dólares en un bolsillo.

—Necesito trabajo.

Joey sonrió estúpidamente.

—Esto no es una oficina de empleos.

—Pero tú tendrás amistades.

—Yo no tengo amigos.

Insistí...

—Entonces... ¿No hay posibilidad...?

—Mira, muchacho... será mejor que te largues. Tú y yo no nos conocemos.

Me enfurecí contra mí mismo.

Le había dado mis últimos treinta machacantes y ahora me echaba a la calle.

—Si llego a saber esto...

Joey salió del mostrador y avanzó hacia mí. Imaginé que sus intenciones no eran precisamente las de darme unas palmaditas a la espalda.

—¿Qué quieres decir, muchacho? ¿Acaso intentas amenazarme?

No es que me importe que a mis treinta y cuatro años, alguien me llame muchacho. Después de todo soy joven y aparento menos edad, además me conservo ágil.

Lo que realmente me molesta es que alguien trate de sentirse superior y menospreciarme. Joey debió creer que era presa fácil.

Joey cometió ese error.

Sujetó con fuerza las solapas de mi chaqueta y agregó con silbeante susurro.

—He dicho que te largues.

—Lo haré, amigo Joey, lo haré, pero antes...

Me desprendí de su tenaza y agregué.

—... le daré mi tarjeta.

Y solté mi primer directo que alcanzó a Joey en medio del mentón.

El tipo, como una roca, aguantó impertérrito y hasta me pareció que sonreía. Pero su sonrisa tenía mucho de bestial.

—Voy a demolerte —silbeó.

Avanzó como una mole.

Afortunadamente el judo tiene recursos para todo.

Esquivé. Le hice morder el polvo con una simple zancadilla. Lo que no había podido la fuerza bruta lo consiguió la habilidad.

Cuando trató de incorporarse, mis rodillas dieron en sus costados, luego un par de buenos golpes en la nuca acabaron con la resistencia de la mole.

Convenía largarse cuanto antes. Ya llevaba lo suyo y a mí no me interesaba el escándalo.

Algunos clientes diseminados por los rincones oscuros habían optado por abandonar el bar antes de que las cosas se complicaran, y otros tal vez con la conciencia más limpia, siguieron en sus sitios.

Al fondo, en la sala que comunicaba con los billares y pinballs, nadie se enteró de lo ocurrido.

Sin embargo, antes de que alcanzara la puerta de la calle, oí una voz a mi espalda que me decía.

—Buen trabajo, amigo.

Me volví sorprendido.

A pesar del tiempo noté algo familiar en aquella voz.

¡Y tanto!

Era nada menos que Don Cliver.

Llevaba más de trece años sin verle.

—Vamos, Roger —me dijo mientras me empujaba suavemente hacia fuera—, iremos a un lugar más tranquilo.

Empleé una media hora contándole mis andanzas desde que nos habíamos separado de Corea.

Él fue menos explícito, pero creí adivinar que las cosas le habían ido algo mejor que a mí, aunque sus negocios no debían ser muy claros.

No quise profundizar. Don siempre había sido más reservado que yo en sus asuntos.

En cambio él sabía lo principal de mí. Por lo menos, mi situación poco boyante.

—Tal vez pueda ayudarte —me dijo.

Estábamos sentados en un antro parecido al de Joey, unas

cuantas calles más abajo, es decir, más cerca del río, justo en el West Side.

—¿Puedes facilitarme trabajo?

—Te daré las señas de alguien que puede proporcionártelo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Del que se paga bien.

Dudé.

—Bueno... —Sonreí—. ¿No tendré que meterme en ningún lío?

—Si eres listo, no. Ya ves. A mí me va bien.

Me dio las señas de un almacén de frutas, sito en el mercado central.

El hombre con quien yo debía entrevistarme se llamaba Jack Turner.

Fui a la mañana siguiente.

Era temprano. Esto es las seis. En el mercado se madruga, lo cual favorecía, porque debía ya una semana de pensión a mi patrona y por tanto era mejor no andar paseándose por delante de sus narices.

—Vengo de parte de Don Cliver.

Turner estaba sentado en un pequeño despacho revuelto de papeles, albaranes, facturas y algunas muestras de fruta.

Pareció que ni siquiera me había oído pero con el rabillo del ojo me estaba tomando medidas.

Cuando hubo terminado de consignar unas notas en un dietario, se levantó y entonces me miró en forma más descarada.

—Ya me advirtió anoche que me enviaría a alguien. ¿Es usted amigo suyo?

—Digamos que es mi único amigo.

El hombre dio una vuelta en derredor mío, como si fuera un satélite no por la rapidez sino por la vuelta.

Seguía observándome.

—¿Qué sabe hacer usted? —preguntó cuando estuve nuevamente de frente.

—Pues... Depende de sus gustos. No he venido para trabajar en una oficina.

—Eso ya lo sé —replicó calmosamente.

Hablaba como si se escuchara a sí mismo, como si quisiera oír el sonido de sus propias palabras.

—¿Y bien...? —pregunté un poco impaciente.

Turner pareció reflexionar un poco y al fin sentándose nuevamente tras su atiborrada mesa, replicó:

—Venga dentro de tres días.

Aquéllos fueron los tres días más largos de mi vida. Con los bolsillos vacíos, pensé buscar a Don y pedirle algo prestado, que naturalmente le pagaría con el primer dinero que Turner me proporcionara, pero a mi amigo pareció que se le había tragado la tierra.

Como ignoraba sus señas, sólo tenía como punto de referencia el bar donde sostuvimos nuestra conversación.

Allí no apareció.

Me atreví a volver al tugurio de Joey.

Naturalmente no me recibieron con música, pero su dueño tampoco hizo nada por desquitarse.

Babeando de rabia, me indicó la puerta.

Don tampoco estaba allí.

¿Qué cómo hice para mantener en forma mi estómago?

Algo que no aconsejo a nadie, pero yo no tenía más remedio.

Primero me conformé con realizar una comida al día, a base de efectuarla en restaurantes distintos y sobre todo de aspecto elegante.

Quité el polvo a mi traje azul, todavía de buen ver. Me anudé una corbata de seda del mismo color y a comer se ha dicho...

Naturalmente, en los tres establecimientos tuve buen cuidado de levantarme antes de terminar el postre y mientras me estaban preparando el café.

Como había estudiado previamente su situación, sabía dónde estaba su salida de emergencia.

En los tres empleé el mismo truco y naturalmente los propietarios todavía esperan que regrese del «excusado».

Desde luego pensé pagar en cuanto tuviera mis primeros dólares calentitos.

Y hemos llegado al tercer día. O sea hoy.

Hace apenas media hora, Jack Turner me dio el encargo.

—Probaré para ver si me sirves —me dijo exactamente a las seis de la tarde, pues ésa fue la hora convenida.

—¿A quién tengo que matar? —Sonreí.

Naturalmente yo había hablado en broma.

Pero la cosa iba en serio.

La respuesta de Jack Turner no pudo ser más concisa.

—A Don Cliver. —Y me tendió un «treinta y dos» que sacó de su cajón envuelto en una gamuza.

Acentué mi sonrisa aunque en mi fuero interno, pensaba que la cosa era como para tomarla a broma. Al menos, a juzgar por la seriedad que imperaba en el rostro de mi interlocutor.

—Usted debe bromear... ¿No?

Por toda respuesta, Turner sacó de una pequeña caja fuerte situada detrás de varios cajones de fruta vacíos, un fajo de billetes.

Los tiró sobre la mesa.

—Aquí hay mil dólares. Es el precio.

Me libré de tocar aquel dinero, como me hubiese guardado de acercar mi mano a un hierro al rojo vivo.

Cuando salí de mi estupor, conseguí decir.

—Lo siento, señor Turner. No es ésa la clase de trabajo que yo necesito.

—En cambio yo le necesito a usted. Cliver no sospechará puesto que es usted su amigo.

—Oiga... —Iba a protestar.

Tras de mí salieron un par de mastodontes. Dos tipos más altos que yo que parecían gemelos por el rostro de bulldog de que ambos eran propietarios.

Luego, mirándoles más detenidamente, uno se daba cuenta que no se parecían en nada. Uno era todavía más feo que el otro.

Avanzaron hacia mí.

—¿Trata de obligarme? —pregunté mientras ya me preparaba para cualquier eventualidad.

—Ahora ya sabes mis propósitos. Puedes ir en busca de tu amigo y contárselo. No correré ese riesgo.

—Pues debió pensarlo. Nadie mata a su mejor amigo.

—Hay opiniones.

No había forma de discutir. Era mejor obrar.

Sostener una lucha contra los tres pensé que sería una pérdida lamentable de tiempo y al mismo tiempo un gasto inútil de energías que presentía iba a necesitar.

Opté por tomar el revólver. No pensaba usarlo, pero sí servirme de él para abrirme paso hacia la salida que taponaban aquel par de gigantes.

Presentí la inutilidad de mi acción, cuando Turner sonrió.

—No te hagas ilusiones. Está descargado.

Y yo estaba cogido.

Los otros dos me encañonaban con sendas automáticas.

—He caído en una trampa —admití.

—Aunque no lo creas, muchacho —me dijo Turner en tono paternal—, te estoy haciendo un favor.

—¡Menos mal que no ha pensado en perjudicarme! —dije lleno de sarcasmo.

—Bromas aparte, si tú no acabas con Don Cliver, vas a verte en un buen lío.

—¿No será al revés?

Entonces dijo algo que me sorprendió bastante. Me sorprendió mucho...

—Te han visto con cierta cantidad de dólares procedentes de un atraco.

—¿Cómo sabe eso?

—¿Cómo puedo saberlo si Don no me lo hubiera contado?

Era cierto que yo le conté todo a Don, pero...

—¡Joey! —exclamé de pronto recordando al orangután del bar.

—¿Quién es Joey? —preguntó Turner.

—No finja, Turner. Usted debe conocerlo. Él también sabía lo de mis dólares.

Turner siguió sorprendiéndome.

—¿Dijiste al tal Joey que habías ganado esos dólares jugando a los dados?

—¡Caray! —pensé. Aquello era harina de otro costal. Joey podía saberlo...

Turner siguió atacando.

—¿Quieres que te haga una breve sinopsis de tu estancia en el Japón? O tal vez prefieres que hablemos de tu antigua escuela de *Karate*.

Me di por vencido. Turner no podía saber aquello si alguien no se lo hubiese contado y forzosamente habría tenido que ser Don.

Claro que eso no probaba que mi amigo hubiese querido

perjudicarme.

Turner volvió a cortar mis pensamientos.

—Tardé esos tres días en averiguar si todo lo que Don me contó de ti era cierto. Era necesario para ver si podía fiarme de ti.

—Antes dijo que iba a meterme en un lío —argüí deseando llegar al fondo de aquella fastidiosa cuestión.

—Sí, muchacho. Porque ese dinero que tu ganaste a los dados y que era una pequeña parte del producto de un atraco, costó la vida al guarda de los almacenes donde fue robado. Uno de los atracadores cayó anoche en una redada. Murió acribillado, ahorrando trabajo al electricista que maneja la «silla», pero queda su compinche. En el periódico vienen sus señas. Son parecidas a las tuyas. Si en algún sitio de estos que te has visto en líos te reconocen, van a colgarte el «sambenito».

—Oiga, puedo defenderme. Tengo pruebas...

—¿Pruebas?

—Dígame cuándo se cometió el atraco y le diré dónde estaba.

Turner me tendió un periódico. Llevaba fecha de cuatro días antes y describía poco más o menos como había tenido lugar el golpe en los almacenes de pescado congelado de donde los dos atracadores se apoderaron de la suma de siete mil dólares, parte de la nómina destinada al personal subalterno. La descripción de uno de los atracadores correspondía al tipo con quién había estado jugando a los dados, la del otro, era —tal como dijo Turner— parecida a la mía.

Traté de recordar donde estaba yo a la hora de cometerse el delito, cuatro días antes.

No resultaba difícil, pero poco convincente.

Vagando por las calles, ante miles de testigos, pero, ante ninguno en concreto.

Recordé mi lío en el bar, cuando cambié el primer billete de diez dólares y descubrí el lío.

Allí me habrían descrito y la policía ya debía estar buscándome. Lo extraño era que no hubiesen dado conmigo.

Luego pensé en Don. No lo creía en absoluto capaz de meterse en ningún lío. Por el contrario, si precisaban de mí para liquidarle, el lío ya lo tenía, porque si yo no realizaba el «trabajo» lo haría otro, por tanto valía la pena que fuera yo... Es decir... que fingiera

hacerlo.

Por último Turner me daba otra buena razón.

—Si ahora mismo disparo contra ti, no tengo más que decir a los «polis» que venías con intención de atracarme. Por las señas atarán cabos y... puede que el periódico me mencione como a un benefactor de la sociedad a quién habré librado de un indeseable.

Miré un momento el «treinta y dos» descargado que seguía en mi mano.

Turner agregó:

—Encontrarán el revólver con tus huellas, y para más detalles lo cargaré —con guantes, claro— y dispararé una bala contra la pared. Eso dará más veracidad a mi relato.

Por toda respuesta tomé el dinero de la mesa.

Agregué:

—¿Cuándo?

Turner consultó el reloj.

—Dentro de quince minutos. Voy a darte las señas de Don.

Hizo que las aprendiera de memoria.

—Don creará que vas a buscar un paquete. Debes cogerlo.

—¿Y después?

—Empecemos por el principio. Tomas un taxi. Apéate tres manzanas antes de llegar a la casa de Don Cliver. Vas andando hasta su apartamento. Recoges el paquete y... luego lo matas.

—¿Vuelvo hacia aquí?

—Sí. Con el «subway».

—Necesito un cargador.

—Un cargador y mucho cuidado. No trates de engañarme, Roger. Si no haces todo tal como te digo, te doy mi palabra que tu cuerpo se hundirá al fondo del Hudson, con un peso atado a tu cuello. Yo no bromeo.

Me dio el cargador en el momento de salir de su almacén.

Seguidamente las puertas se cerraron y se apagó la luz.

Y aquí estoy en el taxi, acercándome al punto donde debo apear-me.

Ya conocen en síntesis lo que ha sido mi vida desde la guerra de Corea y los motivos por los que me he visto envuelto en este tremendo lío, del que como ya he dicho espero salir con bien.

Mi plan es el siguiente...

CAPÍTULO II

—Son dos ochenta —me anunció el conductor del taxi, después de que hubo detenido el coche donde yo le indicara.

Le di tres pavos y mientras caminaba hacia el apartamento de mi amigo, repasé mi plan.

—«Hola, amigo —saludaré— y en breves minutos le explicaré lo ocurrido».

Si él no tiene una idea mejor, puede que sirva la mía.

—«Tienes que desaparecer, Don» —le instaré.

Le cederé la mitad de los quinientos dólares para que pueda largarse lejos de Nueva York durante una buena temporada, luego regresaré con él paquete al almacén de Turner y le contaré un cuento.

Que Don se me anticipó y trató de huir...

Que lo consiguió.

Que lo perseguí en los muelles.

Que al fin le atrapé.

Que su cuerpo cayó al agua.

Todo esto aderezado con el natural sentimiento de haber tenido que matar a un amigo. Sentimiento por el que confesaré mi torpeza en no haber obrado con mayor rapidez. Turner tendrá que creerme.

Si lo duda, como Don estará lejos, tarde o temprano tendrá que aceptar la verdad.

En principio no se me ocurre nada mejor.

Empecé a subir los peldaños de la escalera.

El departamento de Don estaba en el primer piso. Puerta número dos.

Llamé.

Claro que yo ignoraba que a espaldas mías, Turner había dado otras órdenes a sus bulldogs.

—Seguidle y ya sabéis lo que tenéis que hacer...

—Sí, jefe —debieron contestar a coro.

Como ya conocían las señas, utilizaron otro camino para llegar hasta la casa.

Aparcaron su coche en la esquina. Yo no lo vi, pero aunque me hubiese dado cuenta no podía sospechar puesto que no conocía los vehículos de que disponía Turner.

Desde luego, al principio sí creí que iban a seguirme, pero me tranquilicé al no ver ningún coche tras el taxi que me había llevado.

Éste fue mi error.

—Pasa. La puerta está abierta —respondió la voz de Don desde dentro.

Empujé y los goznes chirriaron levemente mientras la puerta se abría.

Dentro todo estaba oscuro, pero podía adivinarse por la tenue luz que llegaba de algún farol de la calle, que el apartamento era una copia bastante aproximada de otros existentes en aquella parte del

West-Side.

Una sórdida habitación rectangular, que llevaba muchos años pidiendo a gritos una mano de pintura o un cambio de papel en las paredes.

Una cama de hierro oxidado, una mesita de noche. Y a uno de los lados una puerta comunicando con el inodoro y un viejo lavabo de raída porcelana. Por la misma puerta se abría un pequeño armario empotrado justo para la escasa ropa que se suponía podía tener el inquilino de uno de aquellos apartamentos tan «utilitarios».

La bombilla que pendía del techo, seguía apagada.

—¿Te han cortado la luz, Don? —bromeé.

La sonrisa se heló en mis labios cuando apenas había entrado la puerta se cerró tras de mí, con un golpe brusco y la voz de mi amigo sonó a mi espalda como una ametralladora.

—Suelta tu revólver, ¡Roger! Sé que vienes a matarme.

Me había estado aguardando tras la puerta.

—Don, tienes que escucharme... —empecé volviéndome.

—Imaginé que te mandarían a ti. Hace tiempo que quieren librarse de Don Cliver... ¿Y quién mejor que un amigo suyo?

—Don, estás en un error.

—¡Quieto! —no me dejaba explicar—. Suelta el revólver. Despacio, Roger. Al menor movimiento dispararé sin contemplaciones.

—De acuerdo, Don, tengo un revólver y voy a soltarlo. No pensaba hacerte el menor daño, puedes creerme.

—Pero te habían encargado liquidarme.

—Sí... Y tengo un plan para...

Su carcajada me interrumpió.

—¡Qué ingenuo eres, Roger!

Solté el revólver, dejándolo sobre la cama.

—No te comprendo, Don, pero ¿Ves? Ya está. He soltado el revólver. Ahora hablemos sin rodeos.

Don seguía riéndose.

—Sigues siendo un ingenuo. Tú mismo acabas de firmar tu propia sentencia.

—Pero... ¡Don! ¿Por qué dices eso?

Mi amigo salió de la sombra y pude ver un momento su rostro en aquella infernal penumbra que me sacaba de quicio.

No parecía el mismo que había estado departiendo conmigo tres días antes en el bar, escuchando mis problemas y prometiéndome su ayuda. Algo había cambiado.

¿Había cambiado o acaso estaba fingiendo cuando me prometió su ayuda?

—Voy a matarte —dijo con la mayor frialdad y noté que un estremecimiento recorría mi cuerpo.

—Tú has perdido el juicio.

Iba avanzando hacia mí. Vi claramente la decisión con que empuñaba el revólver.

—Venías a matarme, Roger. No lo niegues.

—Suelta ya tu maldito revólver y hablemos, Don. No hay mucho tiempo.

Lejos de soltarlo lo puso ante mis ojos. Muy cerca.

—Eres un traidor y vas a pagar...

—¡Basta ya! —grité.

Nunca le creí capaz de disparar y por esto no medí el peligro. De un manotazo aparté el arma.

No pensaba haberle dado tan fuerte como para que Don la soltara, pero debí excederme.

Don masculló una maldición, mientras yo insistía.

—Hablemos claro.

Pero él ya estaba lanzado en pos del arma para empuñarla nuevamente. Decidí impedir que la tomara, único camino para llegar a un mutuo acuerdo que ya empezaba a parecerme un poco difícil.

Antes de que pudiera alcanzarla, forcejeamos un poco.

Don también era un buen luchador y la cosa se mantuvo momentáneamente nivelada.

Nos debatimos en el suelo, de modo que no trataba de impedir que el otro pudiese levantarse.

—¡Qué modo de complicar las cosas! —exclamé.

Don me tomó ligera ventaja y consiguió hacerse con su revólver.

Siempre cuerpo a cuerpo y tratando de hacer cuantas «contra llaves» conocíamos, logramos ponernos en pie.

—Con el tiempo has perdido facultades —dijo él.

La verdad es que me costaba dominar su muñeca para impedir que volviera a encañonarme con el revólver.

Traté de hacer un nuevo esfuerzo, pero la ventaja siguió de su parte. El revólver estaba ya a la altura de mi cabeza y su cañón me apuntaba.

—Éste es tu fin, maldito traidor —rugió lleno de odio.

Pensé que si no hacía algo iba a morir de la forma más estúpida.

Concentré toda mi fuerza en mi diestra y logré variar la trayectoria del cañón.

El revólver había bajado unos pies.

Sonó un disparo. Otro.

Yo seguía vivo. Don también continuaba forcejeando. Pensé que las balas habían pasado por entre nuestros cuerpos, entre los que nos disputábamos la posesión del arma.

Al fin sonó el tercer disparo.

Entonces Don comenzó a ceder en la presión. Me miró con ojos excesivamente grandes. Muy grandes. Sorprendidos.

Tardé varios segundos en comprender la verdad.

Era él quien tenía el dedo en el gatillo, pero yo había sido quien desvió la trayectoria de la bala dirigiéndola hacia su propio cuerpo.

Traté de sujetarlo.

—Don, Don... Escucha...

Iba a balbucir algo, pero no pudo.

Su cuerpo se escurrió de entre mis manos. Todavía trató de mantenerse en pie, pero después de tropezar en la cama cayó de bruces...

Inmóvil. Muerto...

Iba a acercarme cuando oí los pasos en la escalera.

Todo había transcurrido en unos minutos. Poquísimos minutos. Yo no salía de mi asombro.

Juro que no deseaba la muerte de mi amigo. ¿Por qué no quiso escucharme?

Reaccioné cuando las pisadas se detuvieron ante la puerta del apartamento.

Me fijé en la ventana y pensé que lo primero que debía hacer era huir.

Entonces la puerta se abrió y aparecieron los bulldogs de Turner.

Empuñaban sendas automáticas y miraron un momento la escena.

Yo también me volví.

—Estaréis contentos —escupí.

Uno de los dos, el que respondía al nombre de Ed, miró al otro, llamado Budder.

—No creí que lo hiciera.

—No —corroboró el otro—. Es una auténtica sorpresa.

Comprendí que aquello me había librado de morir aquella misma noche.

—Tienes suerte —dijo Ed—. Anda, coge el paquete.

Ni siquiera me acordaba del paquete, y sin embargo estaba allí. Sobre la mesita. Era una pequeña valija de material plástico bastante abultada. Ed me la indicó nuevamente.

—Vamos. No perdamos tiempo. Has hecho demasiado ruido.

Casi sin darme cuenta me sentí empujado hacia la calle, cuando los primeros curiosos comenzaron a salir por las puertas, tímidamente a tiempo de ver tres sombras desaparecer por la puerta. Éramos nosotros.

Me senté entre los dos tipos en el asiento delantero.

Ed conducía.

La valija iba en la parte posterior sobre el asiento.

—¿Por qué habéis venido? —pregunté sin darme cuenta de que

la respuesta no podía estar más clara.

—Para asegurarnos de que no ibas a ponerte de acuerdo con Don Cliver.

—Éramos —sonrió Budder— el «reaseguro» de la operación.

—Si traicionas a Turner, nosotros hacíamos el trabajo, incluyéndote a ti en la lista de los «fiambres».

—Supongo que ahora las cosas cambian —dije.

En realidad poco me importaba todo en aquellos momentos. Seguía aturdido ante la idea de que indirectamente había sido la causa de la muerte del que había sido para mí un gran amigo. Casi el mejor, puesto que no tenía otros.

—Turner decidirá, pero después de esto creo que ya eres verdaderamente de los nuestros.

Seguimos en silencio, hasta llegar cerca del almacén de Turner.

Entramos por una puerta que daba a un callejón.

Dentro estaba todo oscuro.

Por el estrecho y corto corredor llegaron hasta la puerta que comunicaba con el almacén. De allí podía verse el despachito de cristales, cuya puerta estaba cerrada.

Evidentemente Turner no estaba.

Ed fue hacia un teléfono de pared.

—Avisaré que ya estamos de vuelta.

Mientras marcaba un número agregó:

—Ha ido a preparar su coartada. Mientras Don estiraba la pata, él estaba al otro extremo rodeado de testigos.

Se me ocurrió pensar qué clase de coartada sería la nuestra. Lo pregunté cuando Ed hubo hablado por teléfono.

—Los «polis» —dije— averiguarán que Turner tiene cómplices...

—¿Nosotros? —sonrió Ed.

—Sí... ¿Ha pensado Turner en esto o sólo se preocupa de él?

—No te pongas nervioso, Roger. Si llega el caso tendremos testigos suficientes para probar que no tenemos nada que ver en el asunto.

—¿Y dónde están estos testigos?

—En el mismo lugar que se supone estábamos nosotros en el momento que Don dejaba este mundo.

Me repugna oírles hablar de Don con aquella frialdad, con aquel desprecio, pero puesto que ya no podía resucitarle, por lo menos

intentaría saber todo cuanto pudiera con respecto a aquella banda, a los motivos que tenían para acabar con mi amigo. Vengar su muerte, si podía, a base de reunir pruebas y exponerlas ante la ley.

Pero yo apenas sabía nada. Me había metido allí dentro y me encontraba todo lo despistado que hubiera estado un caníbal en Nueva York.

Necesitaba hacer preguntas, muchas preguntas. Saber...

—¿Y dónde se supone que hemos estado nosotros? —Fue lo primero que me era dado preguntar.

Ed sonrió al replicar:

—En el bar de Joey...

—¿Eeeh? Pero si dijisteis que no conocías a...

Ed siguió sonriendo.

CAPÍTULO III

—Vaya, vaya, vaya exclamó calmamente Turner con un asomo de extrañeza en su rostro y mirándome como si fuera la primera vez que estuviera ante él.

—De modo —siguió— que te has portado como un hombrecito.

—Si se refiere al crimen...

—No emplees palabrotas, Roger. Di el «trabajo», suena mejor. Particularmente odio la violencia. ¿Sabes?

De buena gana le habría partido su cara de sapo asqueroso a aquel tipo que se creía superior, sólo porque otros dos más repugnantes que él le guardaban las espaldas.

Me recomendé calma a mí mismo, puesto que las circunstancias me hacían parecer como un héroe a los ojos del *boss*, y decidí seguir el juego, único medio para saber los manejos de la banda.

—Bueno... He cumplido —dije simplemente—. No es necesario que me adule.

—Yo no adulo a nadie. Sólo confieso que me he equivocado contigo. Verdaderamente no esperaba que lo hicieras y tenía mis razones.

—¿Puedo saber cuáles?

—Elementales, hijo. Siendo amigo de Don, creí que te había mandado a nosotros con el fin de espiarnos. La única manera de saber la verdad no podía ser más fácil, hacer que le eliminaras. De ser cómplice suyo, lógicamente te habrías puesto de acuerdo con él.

—¿Y por qué supone que Don tenía motivos para enviar a alguien de su confianza a espiarle?

Turner me miró un momento, frunciendo el ceño.

—Para ser tu primer trabajo, preguntas demasiado, muchacho.

Se dirigió hacia la salida del callejón y se volvió al llegar al umbral de la puerta.

—Vamos. Tengo que cerrar. Ve mañana por la tarde al bar de

Joey. Ya sabes dónde está.

Miré un momento la pequeña valija que había cogido del apartamento de Don y la señalé con el índice.

Estaba tirada entre los cajones vacíos de fruta.

—¿Puedo saber, al menos, qué hay en ese paquete?

Turner vaciló un momento y luego avanzó hacia mí sonriendo.

—Voy a complacerte.

Desabrochó la correa que lo cerraba y abrió.

Dentro había cuatro saquitos blancos de tela, anudados con un cordón.

Turner me tendió uno.

—Ábrelo y satisface tu curiosidad.

Lo hice, colocándolo sobre una mesa. El nudo cedió.

El contenido era algo que al principio me extrañó bastante. Una especie de polvo blanco parecido a la harina, pero no era harina. Enseguida creí comprender. Debí abrir bastante los ojos y mi expresión debió cambiar, porque Turner, muy cerca de mí, me dijo:

—¿Satisfecho?

—Son... estupefacientes... Heroína, cocaína, o... ¡Yo que sé! ¿Es esto verdad?

La sonrisa de Turner se acentuó cuando introdujo su mano en el interior del saquito y la sacó con un puñado de polvo.

Acercó la mano a sus labios e hizo lo que menos podía esperar.

¡Sopló!

El polvo se esparció por el aire.

—Bicarbonato —dijo simplemente.

¡Bicarbonato!

Aquella palabra rebotaba en mi mente como una pelota.

¡Bicarbonato!

¿Habían sido capaces de eliminar a Don Cliver por cuatro saquitos de inofensivo bicarbonato?

¿Cuáles eran los manejos de aquella pandilla de sinvergüenzas?

¿O acaso había que llamarles traficantes en... bicarbonato?

Me metí en la puerta del edificio donde me hospedaba. Ni siquiera me di cuenta de que la patrona estaba allí, hasta que oí su voz.

—No se le ve mucho últimamente, señor Hudson.

Había un mucho de sorna en su voz. Era natural. La buena mujer

quería cobrar su dinero.

Apreté los mil dólares que quemaban mi bolsillo.

No. No debía aceptarlos. Un amigo había pagado un alto precio para que yo pudiera disfrutarlos.

Sin embargo. ¿Qué sacaría con devolverlos?

Después de todo, seguía repitiéndome que yo no había tenido la culpa. Fue un accidente. Traté de explicárselo a Don, pero no quiso escucharme. ¡Dios sabe qué motivos tendría! Mi amigo debía sentirse acorralado, pero ¿Por qué? ¿Por qué motivos?

Mi rostro había perdido su habitual rictus de buen humor, y tal vez por ello la patrona se acercó y me miró más atentamente que de costumbre.

—¿Qué le pasa? ¿No se encuentra bien?

Por toda respuesta, saqué algunos billetes de mi bolsillo. Conté lo que le adeudaba y se lo entregué.

—Tome, señora Barclay.

—Bueno... Me alegro que las cosas le vayan mejor.

Tenía un pie en el primer escalón e iba a continuar subiendo, cuando nuevamente me interrumpió la mujer.

—¡Ah! Quería decirle que tiene visita...

—¿Visita?

Era bastante extraño. Nadie, excepto Jane, conocía mi domicilio en Nueva York. Sí. Sólo podía ser ella.

Corroboró mi hipótesis la propia señora Barclay cuando añadió:

—Es una mujer. Una chica joven.

—¿Dónde está?

—Le espera en su cuarto. Le abrí con mi llave. Ya sabe que normalmente no dejo entrar a las visitas femeninas, pero en este caso me pareció que debía hacerlo.

Fruncí el entrecejo interrogadoramente.

La Barclay aclaró. Es decir, me dejó perplejo.

—La señorita dijo que era su hermana. No sabía que tuviera una hermana, señor Hudson. Y por cierto. Es muy bonita.

Por mi parte hubiera podido replicar que «yo tampoco sabía de la existencia de ninguna hermana», pero me abstuve.

Quise averiguar por mí mismo. ¿Quién era la tal «hermanita»?

Si es Jane... me dije mientras subía la escalera hasta el segundo piso... ¿Cómo se le habrá ocurrido mentir?

No era lógico en ella.
Abrí la puerta. Y allí estaba.
No. No era Jane...

Eran un par de piernas de las bonitas que recuerdo.

Daba la sensación de que habían sido moldeadas por un experto.

El motivo por el cual su desconocida propietaria me las estuviese mostrando casi por entero, era totalmente fortuito.

Fue simplemente la casualidad. Yo entré en el momento en que ella se abrochaba el ligero. Operación que llevando una falda tan exageradamente corta como la que llevaba la muchacha, había sido necesario tirar la «cortina» hasta lo alto.

Al darse cuenta de mi presencia obró con la mayor naturalidad. Bajó la falda, la alisó y dio unos pasos hacia mí.

—Seguramente le extrañaría mi presencia y el modo en que me he hecho anunciar —comenzó.

Asentí, mientras con el mayor disimulo posible daba un repaso general a su ondulante y mareante cuerpo, que comenzaba con una preciosa cabellera de hilos de platino, cuidadosamente cepillados, dando la sensación de extremada suavidad. Terminaba con unos pequeños y bien formados pies, que se ocultaban en un zapato bastante descubierto cuyo color hacía juego con los cabellos.

El vestido de lanilla azul, pálido, demasiado ceñido para ser elegante, marcaba con generosidad la esbeltez de sus líneas.

Sin embargo, a pesar del detalle del vestido, el aspecto de la muchacha no me pareció en absoluto chabacano. Solo, quizá un simple deseo de llamar la atención. Si era así, podía estar convencida de que lo conseguía.

La rubia siguió.

—Me llamo Paula Stevens. Y mi prometido me dijo que si me hallaba en un apuro podía confiar plenamente en usted.

No acertaba a comprender.

¿No se habría equivocado de casa la tal Paula? De ser así, sería lamentable, porque hacer un favor a una chica como aquella —aunque tuviese novio— siempre es mejor que hacerlo a una sin tanto... «incentivo».

—¿Quién es su novio, señorita? Porque la verdad es que de momento no caigo quien...

Su respuesta me cortó la respiración.

—Es Don. Don Cliver.

Traté de que ella no notara la indudable palidez de mi rostro.

—¡Vaya! Ésa... Ésa sí que es una sorpresa. Don no me dijo...

—Sí. Ya sé que sólo se vieron un momento y sé que él se alegró mucho.

—Sí... Sí... Yo también me alegré.

Respondía casi automáticamente, diciendo lo primero que se me ocurría. Lo que pareciese más del caso.

Pero en realidad. ¿Cuál tenía que ser mi actitud? ¿Decirle la verdad...? Sería demasiado duro. Además, apenas la conocía.

No. Dejé que las cosas siguieran igual y que fuese Paula la que me contara el motivo por el que se hallaba en mi presencia.

—Hace tres días que no lo veo.

—Bueno. Tal vez...

Paula me hablaba en tono grave. Su rostro había perdido la fugaz sonrisa que me dedicó al principio. Iba a lo suyo.

—Sé que tenía un apartamento, más allá de la décima avenida. No sé exactamente porqué decidió tomarlo. Nunca quería hablar de ello, ni de lo que hacía. Pero sé que había algo importante.

Noté dos cosas.

Una, que a Paula parecía que los ojos se le nublaban aunque ella hacía esfuerzos para evitarlo y la otra era que hablaba en tiempo pasado.

—¿Por qué dice «tenía»? ¿Ya no tiene ese apartamento?

Tras una pausa, brevísima replicó:

—Don ha muerto. Le han asesinado.

—¿Eeh?

Estuve a punto de pegar un brinco. ¿Cómo podía ella saberlo si apenas hacía unas horas y la noticia no había sido facilitada?

Iba a preguntárselo, pero me contuve. No estaba dispuesto a enseñar su juego todavía al menos antes de saber más cosas.

—¿Cómo lo ha sabido?

—El mismo me llamó —fue la incomprensible respuesta.

—Pero si estaba muerto... —empecé.

—Cuando su asesino hubo salido dejándole por muerto, sin duda alguna, tuvo tiempo de arrastrarse al teléfono y llamarme...

—¿Le dijo el nombre de su asesino?

—No... No tuvo tiempo.

—¿Qué fue lo que le dijo en concreto?

—Sólo eso... Que acababan de disparar sobre él. Que se estaba muriendo.

—¿Nada más?

—Es todo.

Hubo una pausa un poco más larga.

Sostuve una breve lucha interior, preguntándome si debía contarle toda la verdad a la bella Paula, pero algo me decía que era mejor guardar el secreto.

—¿Y por qué no avisó a la policía?

—No puedo, señor Hudson...

—Llámeme, Roger.

—No puedo, Roger. Temo que Don estuviera envuelto en algo... en algo...

No se atrevía a terminar la frase. Yo la ayudé.

—¿En algo sucio?

—Sí. Pero no porque él lo buscara. Creo que fue engañado. Pero no sé nada en concreto.

—¿Y por qué acude a mí? ¿Qué puedo hacer yo?

—Él me había dicho que usted era su mejor amigo.

Tuve que bajar los ojos para no delatar mi estado de ánimo.

—Es cierto —musité.

—Ayúdeme, Roger. Ayúdeme a descubrir a los culpables. Tienen que pagar lo que han hecho.

No es que a mí me conviniera que la rubia avisara a la policía, pero insistí sobre ello porque me parecía bastante extraña su actitud al respecto.

¿Por qué tenía que ser yo precisamente?

Ella expuso sus razones.

—No podemos aportar ninguna prueba y sólo conseguiremos complicarnos. Luego... Él me dijo algo con respecto a algún lío que usted tuvo. Tal vez eso podría perjudicarlo.

—Es cierto —admití.

—Entonces... ¿Me ayudará?

—Haré lo que pueda. Se lo prometo.

—Sé que puedo confiar en usted —me dijo encaminándose hacia la puerta.

Y al decirlo sonrió como deben hacerlo los mismos ángeles.

De no ser la novia de mi amigo, aquella chica me habría hecho olvidar buena parte de mis preocupaciones.

—Dispense —dijo aún—. No he terminado de arreglar mis medias. ¿Me permite?

Aun en contra de mi voluntad me volví de espaldas por decencia, mientras ella manipulaba con el corchete.

—Ya está —me avisó.

—¿Dónde podré verla?

—Vivo en la calle cuarenta y siete Oeste, entre la sexta y séptima avenida. Mi número viene en la guía.

CAPÍTULO IV

Tras la correspondiente autopsia, supe que alguien había costeadado un funeral para el infortunado Don.

El féretro que cubría su cuerpo tras las exequias fue depositado en un horno crematorio.

La sencilla ceremonia sólo tuvo dos testigos.

Uno era yo. No pude resistir la tentación de dar mi último adiós espiritualmente a Don.

El otro testigo era una enlutada mujer que ocupaba la primera fila de bancos.

Hasta que no terminó el rito no supe que aquella enlutada mujer era una preciosa morena, de ojos verdes, a quién el negro sentaba a su cuerpo, de pura maravilla. ¡Y qué cuerpo!

Al cruzar el pasillo se detuvo momentáneamente para observarme.

¿Quién será? —me pregunté.

La respuesta la obtuve en la calle.

Había desplegado el periódico para leer una vez más el informe aparecido en la crónica de sucesos de la tercera página, sin el menor alarde.

«Hombre asesinado en un apartamento del West Side».

»Se trata de un individuo de 35 años, llamado Donald G. Cliver de no muy buenos antecedentes.

»La policía supone se trata de un ajuste de cuentas.

El periódico seguía su breve informe, agregando que se estaban haciendo los informes pertinentes para esclarecer los hechos.

En realidad aquél era considerado como uno de los crímenes de «segunda fila». Uno de tantos que no parece impresionar a nadie. Si

la víctima es persona de malos antecedentes, más de uno piensa que es mucho mejor que haya sido puesto fuera de la circulación.

Mientras tenía el periódico entre las manos, sentí esa extraña sensación que nos invade cuando alguien tiene los ojos clavados a nuestra espalda.

Instintivamente me volví.

Allí estaba ella.

La saludé con una leve inclinación, mientras llevaba mi mano izquierda hacia el sombrero.

La enlutada se acercó a mí.

—¿Usted es Roger Hudson, verdad?

La pregunta me desconcertó.

¿De qué podía conocerme?

—Sí. Pero no tengo el gusto de...

—Mi nombre es Sonia Leston.

—Encantado...

—Don me había hablado de usted...

—Íbamos a casarnos...

—¿No se lo dijo?

—No... No... desde luego.

Mi estupefacción hubiera llegado al límite de haberseme ocurrido de que allí «había gato».

Una de dos. O la enlutada mentía, o la solemne embustera era la rubia.

A menos que...

A menos que Don hubiera estado andando por ahí, ofreciendo palabra de matrimonio a todo monumento viviente, porque en honor a la verdad, si Paula era una maravilla, Sonia no tenía nada que envidiar a la Venus de Milo, con el ascendente a su favor de que ella tenía ambos brazos.

No. Me costaba trabajo imaginarme a Don como un pre-bígamo.

Me decidí pues por la primera hipótesis.

Una de las dos mujeres estaba mintiendo.

Decidí seguir el juego.

—Es extraño que él no me hablara de usted...

—Quizá porque no se vieron mucho últimamente. Que yo sepa, sólo en una ocasión.

—Es cierto —admití.

—Pero yo creo que no.

—¿Qué no, qué?

Trató de sonreír. Y lo hizo estupendamente bien.

—No es necesario que finja conmigo, Roger. Sé que los dos eran compañeros.

—¿Compañeros? Claro. En Corea...

—Me refiero ahora...

—Pues... No sé a qué se refiere.

Ella miró a ambos lados de la calle como si temiera que alguien nos estuviera vigilando.

—Vamos a otro sitio.

Accedí.

Un taxi nos llevó hasta su apartamento al otro extremo. Pasamos el puente llegando a Brooklyn.

—En mi casa estaremos mejor.

Subimos al primer piso.

El apartamento era bastante acogedor. Se componía de una pieza espaciosa que comunicaba con la cocina y con otra puerta que debía ser el dormitorio. Justo a la entrada otra puerta en cuyo interior debía alojarse el trastero.

Los muebles estaban en buen estado y eran confortables, así como bien ordenada su distribución.

Al fondo, junto a mi diván, una mesita con algunas botellas y vasos. Un par de lámparas de pie completaban el buen gusto.

Sonia fue directamente a los vasos.

—¿*Whisky*? —preguntó.

—Con hielo.

Ella se sirvió otro, pero en cantidad más moderada.

Me invitó a que me sentara, después de haberlo hecho ella.

Al hacerlo no se preocupó demasiado de mostrarme sus piernas, algunas pulgadas más por encima de sus rodillas.

Consideré que eran el segundo par que veía en menos de veinticuatro horas, aptas para asistir a un concurso.

Pero no estaba allí para contemplar las extremidades de la guapa enlutada, sino para que me aclarara muchas cosas.

La primera...

—Antes dijo que no fingiera con usted y le aseguro que no la entendí.

—No sé exactamente a quién perseguía Don, ni qué asunto llevaba entre manos —empezó—, pero debía ser bastante serio, como lo son casi todos en los que interviene el FBI.

—¿El FBI?

—Sí, Roger. Don era agente especial. Como usted... supongo.

—Esto es absurdo...

Iba de sorpresa en sorpresa.

Ella siguió impertérrita, ora con ojos entristecidos, ora insinuando breves sonrisas.

—Ya sé que les exigen un secreto absoluto, pero comprenda que cuando una se pone en relaciones con un agente especial, tiene que saberlo. Don no me contaba, claro está, lo que hacía, ni sus planes, pero yo sabía siempre cuando algo le preocupaba.

—¿Y fue él quien le dijo que yo era un... agente?

—No, por supuesto.

—Entonces...

—Yo no conocía a nadie en la División, pero él me habló de usted últimamente.

—Y usted creyó, sin duda que...

—Me dijo que en su trabajo recibiría una importante ayuda.

Me levanté tras beber mi último sorbo de *whisky*.

—Siento decepcionarla, Sonia, pero yo no soy ese ayudante.

Ella no pareció inmutarse.

Se levantó también y me tendió la mano.

—No le reprocho que no quiera sincerarse conmigo, sólo quiero hacerle un ruego.

—Diga...

—Cuando sepa quién es el culpable...

—Mire, Sonia, dejemos eso para la policía o para los federales. ¿No le parece?

Estreché su mano e iba a salir cuando ella aún me dijo:

—Tenga cuidado con Turner.

¿Hasta dónde llegaba lo que aquella mujer conocía?

—¿También le habló Don de Turner?

—Vi su nombre en su agenda, seguido de un punto rojo. Solía poner un punto rojo tras los nombres de las personas de las que se fiaba poco.

—Gracias por el consejo.

A eso de las seis me dejé caer en el almacén de frutas de Jack Turner, conforme él mismo me había indicado.

Confieso que los últimos acontecimientos me habían metido de lleno en un mar de confusiones.

¿Quién decía la verdad?

¿Quién mentía?

Lo único cierto era que Jack Turner era un granuja, pero de nada servía acusarle.

Además... ¿Acusarle de qué?

Oficialmente no había tenido que ver en la muerte de Don. De nada serviría que yo fuera con el cuento de que me habían pagado. En último caso, el único culpable sería yo mismo.

Por otra parte ninguna ley prohíbe el tráfico de... bicarbonato.

Pero... ¿Qué tenía que ver el FBI en todo aquello?

El lío se me figuraba mayúsculo. Y yo metido en él, sin saber exactamente qué pito tocaba en aquel extraño concierto.

—Aquí estoy, jefe —saludé con la mayor naturalidad.

Turner alzó la mirada que hasta entonces tenía clavada en su dietario para dirigirla a mí.

—A eso de las ocho date un garbeo por el muelle veintiséis.

—Alguna misión especial.

—Hay un mercante anclado: el «Karamalis».

—Esto suena a griego.

—Entérate si hay un tipo llamado Sarto. Dile que vas de mi parte.

—¿Y qué más?

—Nada más.

Como tenía un par de horas decidí acudir al apartamento de Paula.

Consulté a la guía.

Calle cuarenta y siete Oeste. Allí estaba su número.

Un taxi me dejó delante de la casa.

En el buzón tomé nota del número de su apartamento. Primer piso, E.

Me recibió la propia Paula, que vestía una vaporosa bata de nylon, que a contra luz transparentaba bastante.

No mostró la menor sorpresa.

—¿Ha averiguado algo? —me preguntó por todo saludo. E hizo

un ademán para que pasara.

—Nada de importancia, excepto...

El apartamento, algo más lujoso que el de la «otra novia», tenía una pequeña barra de bar. Paula ya estaba tras ella sirviéndome una generosa ración de *whisky*.

—Hable, Roger. Deseo tanto saber algo de este asunto...

—Primero dígame cuánto tiempo llevaban de relaciones usted y Don.

—Bastante. Dos años. ¿Por qué lo pregunta?

La miré y sonreí con toda naturalidad.

Lo que le dije también fue natural.

—¿Y por qué no se casaron?

—Pues... El esperaba situarse mejor.

Dudé un poco dando una vuelta por la espaciosa sala y al fin espeté:

—En el periódico se dice que Don no llevaba una vida muy ordenada... Bueno, usted ya me dijo que alguien le había metido en un lío. Si me diera algún detalle más concreto.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—¿Con quién se relacionaba, Don?

—En una ocasión habló de un individuo llamado Turner.

«Lo de Turner lo saben todas» —me dije.

—¿Y a qué se dedicaba ese Turner?

—Eso es lo que no sé.

—¿Y espera que yo lo averigüe?

—Creo que es el único modo de conseguir la verdad. A Don le mataron porque estaba a punto de descubrir algo...

Ella se cortó. Yo ataqué.

—¿Descubrir? Creí que los descubrimientos sólo correspondían a los policías.

Paula sonrió.

—Él era un socio de Turner. Debió creer al asociarse que se trataba de un trabajo honrado, pero al descubrir que no lo era... le mataron. Eso es lo que he querido decir.

La miré de arriba abajo, casi con descaro. Se me había metido en la cabeza de que Paula sabía más de lo que decía. Sí. Estaba convencido de que me estaba mintiendo.

Iba a decir algo, pero ella ya estaba muy cerca de mí,

bañándome con su perfume que olía a gloria. Un perfume caro, muy caro.

—¿Seguirá ayudándome, verdad, Roger? No lo deje... Me encuentro tan sola.

La cogí suavemente entre mis brazos, tratando de que sus grandes ojos azules no me turbaran.

—Sí, Paula. Se lo prometí, pero de lo que logre averiguar, ignoro si alguien no volverá a pagar las consecuencias. Y conste que no temo por mí.

—¿Por quién entonces?

—Tal vez por usted... Este condenado asunto parece muy embrollado.

Sentía el roce de su cuerpo junto el mío y su cálido aliento en mi rostro.

Tuve que hacer un esfuerzo para no besarla. No me parecía decente aprovecharme de la novia de un amigo... aunque estuviese muerto.

—Le ayudaré, Roger.

—¿Cómo?

—Creo que puedo confiar plenamente.

Se deshizo de mi suave presión y fue hacia un pequeño «bureau» adosado a la pared.

Abrió uno de los cajones y sacó una agenda.

—Tome. Es la de Don. Aquí anotaba las cosas más importantes.

—¿Cómo la consiguió?

—La busqué en su casa, después de... de que me llamó agonizante.

—Pero usted dijo que no sabía dónde estaba su apartamento.

—El del lugar donde lo mataron no. Pero sí el otro. Está tres manzanas más abajo. Fui antes de que la policía lo descubriera.

—¿Y sabe si lo han descubierto?

—No. Ese apartamento, que yo sepa, no ha sido visitado por nadie.

—Deme las señas exactas.

—El cuarenta y dos veintisiete. Primer piso. C.

—¿Tiene... una llave?

Fue nuevamente al bureau y la sacó.

—Tome. Pero tenga cuidado.

Me fui hacia la puerta y antes de abrir hice mi última pregunta como una ráfaga.

—¿Está el FBI de por medio? Dígame la verdad...

CAPÍTULO V

No me fue nada difícil dar con el «Karamalis».

Era un carguero pequeño de matrícula griega.

El muelle estaba prácticamente desierto y tampoco en el barco se veía un ser viviente.

Consulté mi reloj. Las ocho menos cinco minutos.

Pensé que me convenía abreviar con respecto a la misión que me había llevado hasta allí.

Cuando salí de casa de Paula, era demasiado tarde para ir al apartamento de Don. Por tanto decidí hacerlo después de mi entrevista con el tipo que debía responder al nombre de Sarto.

Por lo demás, recordaba el efecto que había hecho a la rubia mi pregunta con respecto al FBI.

Desde luego no había sacado nada en claro porque Paula se limitó a abrir desmesuradamente los ojos y a mostrar su extrañeza por mi pregunta.

Decidí olvidar momentáneamente a la novia número uno de Don y concentrar mi atención en mi nueva misión.

Ascendí por la pasarela del barco situada al lado de popa.

¿No hay nadie aquí? —grité una vez a bordo.

La oscuridad me impidió ver el hombre cuyos pasos resonaban en la cubierta que se dirigía hacia mí.

Al final del corredor, el hombre se detuvo, de modo que la sombra daba a su rostro.

Sólo me llegó su voz.

—¿Quién es usted?

—Me han dicho que encontraría a un individuo llamado Sarto.

—Yo soy Sarto.

Iba a avanzar.

—Pues... mucho gusto.

—Quédese dónde está —replicó el hombre con su voz áspera y

autoritaria.

—Vengo de parte de Turner. Me dijo que hablara con usted... Pero ya veo que va a ser difícil.

—¿Usted es el nuevo?

—Pues... sí. Supongo que sí.

—La mercancía está en el tinglado número tres. Tenga cuidado con el guarda.

—¿La mercancía?

—Sí. En una valija pequeña, bajo la lona que cubre la cuarta estiba de caucho. Ahora váyase. Y pase lo que pase usted y yo no nos conocemos.

—Quede tranquilo, amigo. Esto puedo jurarlo.

Los pasos del hombre se alejaron por la cubierta, mientras yo decidí dirigirme hacia el tinglado que me había indicado.

Tuve que esperar que el guarda efectuara su ronda para calcular el tiempo que tardaba en dar la vuelta.

«Cinco minutos».

Debía darme prisa.

El almacén estaba cerrado, por lo que tuve que arrimar un bidón a una de las ventanas, demasiado alta para que pudiera alcanzarla de un salto.

Procuré, claro está, no hacer ruido. De eso había aprendido también lo mío en Corea.

Salté sobre el bidón —vacío afortunadamente— y con un pequeño impulso llegué a la ventana.

Afortunadamente, el cristal —bamboleante— cedió. No estaba cerrado.

Salté al interior de aquel inmenso tinglado, de altas paredes y techo metálico.

La saturación de mercancías —madera en su mayor parte— impedían que mis pasos resonaran.

Calculé que había perdido unos tres minutos y que sólo me quedaban dos si no quería esperar a que el guarda diera una nueva ronda.

Descubrí el caucho hacia la mitad del almacén.

Conté los montones y me detuve en el cuarto.

Tal como Sarto me había indicado, allí estaba la pequeña valija, casi idéntica a la del apartamento de Don.

Habían transcurrido cinco minutos y me pareció oír los pasos del guarda deteniéndose ante la puerta.

¿Se habrá dado cuenta del bidón colocado junto a la ventana?

Silencio.

Me pareció oír el inconfundible ruido de una puerta al chirriar sobre sus goznes.

No era la puerta principal.

Me volví y creí ver que un resquicio de luz procedente de alguna bombilla del exterior se filtraba por una puertecita lateral.

Me encaminé hacia allí.

Efectivamente. Había una puerta pequeña entreabierta.

O mucho me equivocaba, o alguien la había utilizado recientemente.

La abrí con cuidado y asomé al exterior.

Daba a un callejón iluminado únicamente por la débil luz pegada sobre la misma puerta.

Todo estaba desierto.

Decidí salir. Era mucho más cómodo que volver a saltar.

Anduve casi pegado a la pared hasta que tuve la sensación de que alguien me estaba esperando al final.

A contra luz vi la silueta de un tipo que juzgué bastante corpulento.

Como no era mi deseo llamar la atención, hice como quien ha cambiado de opinión y di media vuelta.

Apenas había andado media docena de pasos, cuando vi que al otro extremo aparecía otro tipo.

Otra vez en una trampa —pensé.

Mi única salida era la puerta del almacén.

Asomé otra vez por ella y oí el apagado eco de unos pasos.

Era el guarda. Lo vi por entre la madera.

La encerrona era perfecta.

Elegí el camino más corto. Si debía enfrentarme con alguien, cuanto antes mejor.

Fui acercándome hacia el primero de los hombres que había visto guardando la salida.

Mentalmente pensé los varios sistemas a emplear para librarme de él en el caso de que sus intenciones no fueran buenas, lo cual parecía lo más lógico.

Ninguno de mis planes pudo ser puesto en práctica, porque cuando estaba ya lo suficiente cerca vi que el hombre no llevaba las manos vacías.

Empuñaba un revólver y me apuntaba a mí.

—Sigue adelante y no pretendas hacerte el héroe —fue su saludo.

No me quedó otro remedio que obedecer.

El otro se había dado prisa en dar la vuelta y salir por enfrente.

—Deprisa —dijo el recién llegado.

Custodiado por los dos tipos, parecidos en corpulencia a los bulldogs de Turner, cruzamos una parte del muelle para meternos en otro callejón. Allí esperaba un coche.

—Entra —me empujaron con el cañón del revólver. Uno, el que había aparecido después, se metió en la parte delantera para conducir. El otro se sentó a mi lado en la trasera sin dejar de encañonarme.

—¿Puedo saber dónde vamos? —pregunté sin grandes esperanzas.

—Donde vamos nosotros no te importa, pero te diré donde irás tú.

—Veamos si es de mi agrado. ¿Cuál es ese sitio?

—¡El infierno!

¡Vaya! Como para sentirse la mar de optimista.

Y lo malo era que no veía la forma de desviar el cañón del revólver que seguía apuntándole derechito al corazón.

El auto se alejó de los muelles y enfiló una de las calles ascendentes en dirección Norte, pero siempre sin dejar las proximidades del río.

Aminoró la marcha al llegar a las cercanías del parque.

Empecé a atar cabos.

Buscan el sitio a propósito para deshacerse de mí. Luego me echarán al río y aquí acabará la historia.

Pero a mis treinta y cinco años yo ya estaba conforme con seguir viviendo todo lo bueno y lo malo que el destino me tuviera reservado y no estaba de acuerdo con el negro porvenir que se acercaba a pasos agigantados.

—Baja —ordenó el que estaba a mi lado.

—¿Os sentís románticos?

Una pareja se acercaba cuando ya hubimos andado unas yardas.

Los dos tipos guardaron sus pistolas, pero seguían apuntándome desde el interior de sus respectivos bolsillos.

No hacía falta que las hubiesen escondido. La pareja no se daba cuenta de nada.

Caminaban materialmente pegados. Pegados por la boca en un largo e interminable beso que Dios sabe dónde había empezado.

—¡Je! —Sonreí— cada cual anda como quiere.

Cuando la pareja se hubo alejado sin variar en absoluto su posición, como si anduvieran guiados por radar, volvieron a parecer las pistolas.

Uno de los tipos —el que había conducido— acopló al cañón un artefacto redondo.

Sólo había visto un chisme como aquéllos en las películas. Lo reconocí enseguida. Se trataba de un silenciador.

—Yo me encargo —dijo.

El otro asintió y volvió sus pasos hacia el coche.

—¿Sólo quisiera saber quién os ha dado esa orden? Puesto que voy a morir, al menos que sepa porqué.

—Nos interesa la «mercancía».

—¿Es por eso? —Fingí el menor humor—. Entonces podéis llevárosla y dejarme en paz.

—No digas estupideces.

—Hablo en serio. Al fin y al cabo no es más que bicarbonato.

—Celebro tu sentido del humor. Es una lástima que... En fin.

Hizo un gesto de resignación como si le doliera tener que apretar el gatillo.

Pensé que al que iba a dolerme era a mí.

Como la cosa iba en serio, decidí actuar.

—No me mates delante de la parejita. Al menos déjalos besar tranquilos —dije con la mayor naturalidad del mundo.

No había pareja, pero el tipo cayó en la sencilla y vieja trampa. Guardó su revólver al tiempo que volvía la cabeza discretamente.

Fue una fracción de segundo. Justo lo que yo necesitaba.

Me lancé como una flecha contra su abdomen.

El tipo pronunció una exclamación de dolor, al tiempo que caía hacia atrás.

No dejé que se levantara. Apliqué una y otra vez mis golpes

preferidos y luego tuve tiempo de sacar de su bolsillo el revólver para protegerme del otro tipo que ya venía corriendo por el fondo.

El tipo había empezado a disparar. Los estampidos amortiguados por el silenciador sonaban de modo extraño.

Me lancé hacia unos setos procurando hurtar mi cuerpo de la trayectoria de las balas que con ruido o sin él, llevaban escrito el mismo mensaje de muerte.

Desde los setos disparé a mi vez.

Nunca —al menos en el ejército— brillé como un gran tirador, pero aun así traté de apuntar a las piernas. Lo único que deseaba era reducir a mi atacante y junto con el otro que seguía en el suelo, hacerle hablar. Saber quién había ordenado aquel complot contra mi persona.

No conseguí mis deseos.

Ambos seguimos disparando hasta agotar nuestros cargadores.

Antes de darle tiempo a recargar pensé que lo más prudente era correr hacia él y tumbarle. Todo menos seguir la guerra.

Lo hice.

Pasé cerca del otro que seguía en el suelo, pero hice mal en menospreciarle. El tipo ya se había repuesto y aprovechó aquella ocasión para lanzarse contra mí como si yo fuera el jugador de fútbol que llevara entre las manos la pelota y él un contrario que intentara «segarme».

Me pilló bien.

Y di con las narices en el suelo.

Ya el otro corría hacia mí.

Cuando intenté levantarme, sentí una cox que me alcanzaba en pleno rostro.

Otra patada me hizo lanzar una exclamación.

Pude esquivar una tercera acometida que amenazaba con alcanzarme la sien.

Los muy brutos parecían dispuestos a matarme a golpes.

Menos mal que ocurrió algo que por un momento me libró de tan bestial atropello.

Fue la sirena de la policía.

Tan pronto la oyeron, los dos tipos se largaron a escape, mientras yo trataba de recobrarme del aturdimiento producido por los golpes.

El cuerpo me dolía horrores y tuve que hacer un esfuerzo para ponerme en pie.

Vi cómo el coche se largaba con los dos tipos.

Se cruzó prácticamente con el de la policía.

Por el fondo vi avanzar a dos agentes de la metropolitana.

Disimuladamente me esfumé por entre los setos, mientras mi respiración iba normalizándose.

Corrí hacia la orilla del río y entonces me di cuenta que otros cuatro agentes llegaban en dirección opuesta.

Volví la cabeza buscando otro paseo.

Igualmente copado.

¿Me buscan realmente a mí? —me dije.

Una pareja ya madura, con aspecto de matrimonio, se cruzó conmigo.

Él decía.

—Es mejor que nos marchemos a casa. Aquí va a pasar algo gordo.

—Dios mío. No me gustaría encontrarme entre un tiroteo.

Me metí de nuevo entre los setos, justo al tiempo que otro par de agentes se topaban con el matrimonio.

—¿Qué ocurre, agente? —Oí como el hombre preguntaba.

—Será mejor que se alejen del parque. Estamos buscando a un sujeto peligroso. Un atracador...

—¿El del almacén?

—Sí. El mismo. Tenemos razones para suponer que se halla en el parque.

La mujer, con espíritu de buena ciudadana, tuvo una solemne ocurrencia.

—¡Pete! Se ha cruzado con nosotros... Me he fijado...

—¿Está segura? —preguntó el agente.

No había duda de que se refería a mí y que la policía era también a mí a quién perseguía.

Pero... ¿Quién les habría informado? ¿Turner acaso...?

¿Lo habría preparado todo él?

La mujer seguía con su información.

—Recuerdo haber leído su descripción en el periódico. Un hombre como de unos treinta y cinco años.

—No debemos acusar a nadie sin estar seguros, Kitty —

recomendaba el marido con evidente prudencia.

—¡Pete! Es el único hombre con quien nos hemos cruzado que responde a esas señas...

En mi interior pensaba: ¿Por qué no sufrirás un ataque de mutismo agudo?

Oí la voz del policía.

—¿Hacia dónde ha ido?

La mujer debió señalar alguna dirección que acompañó con las palabras.

—Hacia allí.

Arrastrándome por los setos salí hacia otro camino.

Luego, una vez comprobado que no había ningún agente, volví por el lado del río.

Oí cerca como alguien corría.

«Siguen la caza», me dije.

No tenía salida posible. Todo estaba vigilado.

Sólo me quedaba un recurso.

El río.

Me deslicé sin ruido y me sumergí.

Nadé un buen rato bajo el agua procurando aguantar la respiración hasta el máximo.

Eran aproximadamente las diez de la noche cuando la radio interrumpió momentáneamente su programa de música de «ayer» para dar un boletín de noticias.

«La policía ha cercado la zona del parque donde se suponía se había refugiado uno de los atracadores del almacén de pescado. El otro, como se sabe, fue muerto en una refriega con la policía, hace cuatro días.

»Pese a la vigilancia no ha podido ser encontrado, suponiéndose logró escapar por la parte del río.

»Confirma este hecho el que hace apenas quince minutos se ha denunciado la desaparición de un coche, cuyo propietario afirma haber visto subir a un hombre que llevaba las ropas empapadas y aunque no pudo verle el rostro, cree que sus señas coinciden con las del atracador.

»Seguidamente vamos a dar las señas y matrícula del coche.

Ya había escuchado bastante. Conocía perfectamente las señas del coche que estaba conduciendo.

Después de más de una hora de espera con las ropas empapadas, apareció la pareja de enamorados.

Se apearon del auto y yo vi mi oportunidad de «cogerlo prestado» para alejarme de allí.

Pero el tipo se dio cuenta y había avisado.

Por mi parte tuve que dar un rodeo para evitar encuentros con los coches patrulla y no se me ocurrió cosa mejor que dirigirme a Brooklyn, era lo más lejos del lugar donde me estaban buscando y además allí creí que encontraría a quién pudiera ayudarme.

Sonia Leston.

Aparqué el coche tres manzanas antes de llegar y elegí uno de los callejones que circundaban la manzana por el interior a fin de no llamar la atención a los escasos transeúntes que hubieran podido oír la noticia recién radiada.

Afortunadamente la habían transmitido cuando ya había cruzado el «George Washington» y por tanto los «polis» de la entrada no pudieron detenerme.

Llegué al apartamento de Sonia a tiempo de oír un nuevo boletín de noticias con respecto a mi fuga.

—¡Roger! —exclamó ella al ver mi lastimoso aspecto.

—Estoy en un apuro. Déjame pasar.

—Claro que sí... Tiene el mismo aspecto que ese atracador del que tanto hablan.

—¡Y tanto! Como se trata de la misma persona...

—¿Eeeh?

—No se asuste, Sonia. Es a mí a quién buscan, pero se confunden en lo del atraco. Yo no fui.

—Oh, Roger. Tendrá que quitarse esas ropas. Está empapado.

Me dejó una sábana para cubrirme, puesto que había quedado con el traje de Adán y por un momento tuve la sensación de que era Peter O'Toole, encarnando a «Lawrence de Arabia».

Cuando me hube sentado frente a un vaso de *whisky* sin hielo, Sonia me dijo con la mayor naturalidad.

—Al pobre Don también le ocurrió eso una vez.

—¿Le confundieron con un atracador?

—Bueno... fue en cierta misión. La División facilitó una serie de datos falsos sobre su persona para hacerlo aparentar como sospechoso y por consiguiente apto para entrar a formar parte de

una banda de criminales.

—Creí que esto sólo ocurría en las películas.

—Son los guionistas quienes sacan los asuntos de la realidad.

—¿Y cómo acabó, Don?

—Estuvieron a punto de acribillarle unos cuantos agentes de la metropolitana, creyéndole realmente uno de la banda.

—Pero, oiga... ¿No se ponen de acuerdo el FBI y la policía?

—Hay casos en que por lo visto el secreto se mantiene y sólo muy pocos están en él.

—¡Ah!

—Como Don...

Sonreí.

—Usted sigue pensando que Don y yo trabajábamos juntos. ¿No?

—No insistiré más. No quiero hacerle violar un secreto.

—Mire, Sonia, puedo asegurarle que si yo fuera un federal, en estos momentos estaría mucho más tranquilo. Esta noche he sido apaleado por unos desconocidos y luego perseguido por la policía. Pronto no podré andar por las calles.

—¿Ha dicho que fue apaleado?

Para convencerla bajé la sábana hasta la altura de la cintura para mostrarle un par de hermosos hematomas que habían surgido a consecuencia de las patadas recibidas.

—¿Quién le hizo esto?

—Si yo lo supiera le aseguro que iban a acordarse. Alguien está tramando algo contra mí, pero por razones muy distintas a las de su prometido. ¿Me comprende?

—¡Roger! ¿Por qué no acude a la policía?

—Eso es cosa mía...

—Don siempre dijo que usted era un buen amigo suyo.

—En eso no mentía. Y no me pregunte más.

—¿No confía en mí?

—Si no confiara no hubiera venido a pedirle ayuda.

—Perdone, Roger. No volveré a preguntarle nada que atañe a su vida. Ésta seguirá siendo su casa porque no le creo capaz de haber hecho nada malo.

Su expresión rebosaba sinceridad y hasta sus ojos se nublaron un poco.

Sorbí mi *whisky* en silencio.

Pasaron un par de minutos.

—¿Recuerda que le hablé de una agenda? —preguntó ella de pronto.

—Sí. La que tenía el nombre de Turner con el puntito rojo.

Pensé que debía tratarse de la misma que me entregó Paula unas horas antes y que seguía en el bolsillo de mi chaqueta, puesta a secar en el tendedero de la ventana trasera que comunicaba con la escalera de incendio.

No había tenido tiempo de echarle una ojeada.

—No la llevaba consigo cuando le mataron.

—¿No?

—Esta tarde he decidido llamar al capitán Davison...

—¿Quién es el capitán Davison?

—El jefe del Departamento en que trabajaba Don. Le hablé de esa agenda.

—¿Le interesó?

—Al principio no pareció darle importancia, pero luego me llamó esta tarde para decirme que había ido a su casa y que no la había encontrado.

Fingí desconocer al «otro» domicilio de Don.

—¿A qué casa?

—A la que habitaba normalmente en la calle cuarenta y siete.

—No sabía qué...

Sonia tenía una idea fija y me interrumpió para exponerla.

—Sé que esa agenda era importante y por eso alguien la «robó».

—Bueno... Los del FBI la encontrarán.

—Si la tiene Turner, no. A menos que manden a otro agente para que se introduzca en su banda, y después de lo que ha pasado no será fácil sorprenderle.

—¿Qué trata de insinuarle, Sonia?

—Si usted tiene contacto con Turner, busque esa agenda y tráigamela.

—¡Oiga! Quiere hacerme colaborar con el FBI, ¿eh?

—Sólo es un favor personal.

—Me gustaría ayudarla, Sonia, pero... ya tengo bastantes líos. Lo siento.

Fui en pos de mi ropa que todavía estaba húmeda, pero por lo menos era más llevadera.

Cuando me hube vestido di un ligero vistazo a mi aspecto.

—Lo que tienen esas modernas fibras inarrugables es que...

No concluí la frase.

No la concluí porque al salir de la habitación de Sonia, que había empleado para vestirme, vi algo completamente inesperado.

Sonia, con el rostro visiblemente asustado y frente a ella el mismísimo Turner con la cara endurecida y los ojos llameantes.

—¡Turner! —exclamé.

—¿Quién es ésa? —dijo señalando a Sonia.

—Es... una amiga. ¿Qué puede importarle a usted?

—¿Es así el modo como cumples mis encargos?

Sonia escuchaba atónita volviendo los ojos alternativamente a Turner y a mí.

—Oiga, es una historia larga. Se la contaré en otro lugar. Pero... ¿Cómo ha sabido que estaba aquí?

—¿Me has tomado por idiota? Ya te dije que gustaba saber a quién tenía bajo mis órdenes.

—¿Me hace seguir?

—Sí. Y te vieron salir del entierro con ésa. Por eso ahora imaginé que te encontraría aquí.

—Bueno, vamos...

—No, antes de que me digas quién es...

Afortunadamente —pensé—. Sonia llevaba una decente bata acolchada y no usaba medias, con lo cual no dejaba visible ningún indicio de luto. Eso la libraba de sospecha, porque Turner era muy sagaz y si hubiese sospechado...

Turner insistió.

—¿No querrás que arranque a la fuerza el nombre de esa fulana?

Turner dio un paso hacia ella.

—¡Quieto, amigo! —Le previne cortándole el paso—. Déjela en paz. No se meta con mis amistades.

—Tengo derecho a conocerlas.

—Eso no es de su incumbencia.

—Te falta mucha experiencia, chico —lo dijo avanzando su enorme manaza hacia mí.

No sé si interpreté mal sus intenciones, pero decidí anticiparme a toda eventualidad.

Mientras con la izquierda separaba su brazo, con la diestra

procuré cargar toda mi fuerza y le sacudí de lleno alcanzándole el mismísimo mentón.

Turner cayó fulminado hacia atrás.

Logró sentarse en el suelo en forma grotesca, al tiempo que escupía:

—No vuelvas a hacer esto, Roger. No vuelvas a hacerlo o te arrepentirás, y Sonia corría hacia el teléfono.

—¿Qué hace? —grité.

—Llamar a la policía.

—Déjalo.

La alcancé arrancándole el auricular de la mano antes de que consiguiera hablar.

—¿Te has vuelto loca?

—Nos ha amenazado.

—Olvidalo.

—Pero...

—Olvidelo, Sonia... Ya tengo demasiadas preocupaciones.

—¡Roger! —exclamó en un susurro—. Usted... está de su parte.

—Déjeme en paz.

Turner ya estaba en pie.

Me dirigí hacia la puerta y dije:

—Vámonos.

El jefe me siguió, después de lanzar una mirada cargada de amenazas a la chica.

CAPÍTULO VI

En el coche me sentí como en casa.

Jack Turner iba a mi lado en la parte posterior y en la delantera sus dos fieles bulldogs. Ed al volante y Badder al lado.

—Ya que se dedica a seguirme, ¿por qué no lo hizo esta tarde? También tengo derecho a que me protejan.

—Yo pago bien para que otros corran los riesgos.

—Me gustaría saber quién pagó a los que me atacaron. Y creo que arriesgaría poco apostando por usted. No acabo de fiarme.

Le había contado, mientras nos dirigíamos a su almacén, lo ocurrido con la «mercancía» y los tipos que me atacaron a la salida del tinglado.

—El que no acabo de fiarme soy yo... ¿Por qué no viniste directamente?

—Aquello estaba infestado de «polis». Alguien los lanzó contra mí. Y me pregunto... ¿Cómo podían saber que yo estaba en el parque? Sólo de un modo, Turner, y se lo explicaré.

—Eres muy sagaz...

—Más de lo que cree. Alguien planea atacarme a la salida del «tinglado». Y ese alguien sólo puede ser una persona que sepa que yo tengo que ir allí.

—Sigue, Roger.

—Una vez cazado, dos tipos me obligan a ir al parque. ¿Con intenciones de matarme? Eso dijeron, pero por si acaso esa misma persona avisa a la policía diciendo que el «atraccador» está en el parque. Como da la casualidad que mis señas coinciden, mis posibilidades de salir con vida son nulas.

—Te pasas de listo. Si fuera yo esa persona no habría mandado a dos de mis hombres junto con la policía. ¿Para qué les detuvieran?

—Cliver también trabajaba para usted y mandó liquidarlo. ¿O ya no lo recuerda?

—Puede que algún día sepas por qué Cliver murió.

Me encontraba en el cruce más bullicioso de Nueva York. Justo en la Quinta Avenida, en su confluencia con la calle Cuarenta y Dos.

Allí había solicitado bajar del coche de Turner, alegrándome de que el jefe no me hiciera más preguntas en respecto a mi amistad con Sonia.

«Algún día descubriré el juego que se traen —me decía a mí mismo—. Pero tendré que hacerlo solo».

En verdad, no podía fiarme de ninguna de las dos chicas que afirmaban haber estado prometidas con Don Cliver, porque una de las dos tenía que mentir a la fuerza. ¿Con qué fin?

Aceptando que Don fuera un agente del FBI. Sonia era la que tenía más probabilidades de ser veraz, puesto le Paula negó ese extremo cuando se le preguntó.

Pero también podía ocurrir que Sonia fuera una agente de la famosa organización.

No sería la primera vez que utilizan a una mujer.

¿Pero una y otra, qué querían exactamente de mí?

Recordé que tenía pendiente la visita a casa de Don, pero me pareció mejor hacer otra cosa.

Es decir. Un par de cosas.

La primera llamar por teléfono.

—Hola, Sonia. ¿Me reconoce? Soy Roger...

Su voz sonó al otro lado del hilo un poco sorprendida:

—Qué... ¿Qué ha pasado?

—Nada. Absolutamente nada... Pero tengo algo que decirle.

—¿Qué es?

—Tenga cuidado. Quizá sería mejor que fuera a pasar una temporada con algún pariente.

—¿Teme que pueda ocurrirme algo?

—No creo que Turner se atreva, pero...

—¡Roger! ¿Está de mi parte?

—¿Qué quiere decir?

—Si está dispuesto a ayudarme..., en lo de la agenda.

—No, Sonia. Lo único que puedo hacer es aconsejarle que se proteja. Llame a sus amigos federales si quiere, con tal de que a mí no me mezcle, pero nada más...

—Sigue estando con Turner...

—Sonia... oiga. Yo no quiero que nadie sufra ningún daño, pero no quiero líos. ¿Comprende?

—Está bien, Roger. Gracias por haber llamado, de todos modos.

—No hay de qué, Sonia.

La siguiente cosa fue tomar un taxi, y dirigirme a los alrededores del mercado central.

Tenía una buena ocasión para investigar de firme y la noche era propicia.

Se suponía que a aquellas horas yo estaba en un apartamento y por lo tanto no cabía la menor sospecha de mi plan.

Entré en el almacén utilizando la portezuela del callejón. Estaba abierta.

Turner y los otros seguían dentro.

Pensé que el mejor escondrijo era meterme entre las cajas vacías.

Avancé por el corredor y abrí poco a poco la puerta.

No había nadie.

Oí la voz de Turner que hablaba por teléfono desde su despachito.

Sostenía una interesante conversación.

Sí. Muy interesante, a fe mía.

—Sólo hice lo que tú me pediste.

—...

—Sí... Ya sé que dispararon. Los chicos se pusieron nerviosos. Roger es impulsivo. No es fácil sorprenderle...

—...

—Sí, de acuerdo. Sólo se trataba de asustarle, pera yo no puedo estar en todas partes...

—Mira... Tú sabes que en principio yo no era partidario de esa comedia. Roger nos demostró que era de fiar cuando anoche hizo el «trabajo».

—...

—De acuerdo... Sí... sí. Mañana Sarto hará la última entrega.

Luego colgó...

Y yo me dije:

«¡Todo fue una trampa! Una trampa en la que pude dejar la piel...».

Pero... ¿Con quién diablos había estado hablando Turner?

Poco a poco me había deslizado entre las cajas e involuntariamente tropecé con una.

Al caer no pudo hacer más estrépito.

«¡Ahora que parecía que se fiaban de mí, van a descubrirme! ¡Maldita sea!», exclamé en mi fuero interno.

Ya estaban los tres allí con las luces encendidas y las pistolas preparadas. Todos, menos Turner. Él no usaba nunca armas.

—¡Sea quien sea, salga con los brazos en alto!

De momento preferí callar.

La orden fue repetida de forma más tajante.

—Contaré hasta tres y empezaré a disparar —dijo Ed.

Y le creí totalmente capaz de hacerlo.

Pensé que no tenía más remedio cuando...

Vi al gato.

Él también me estaba mirando con esa mirada desconfiada de los felinos.

No vacilé ni un segundo. Había visto algo parecido en una película y lo puse en práctica.

Pisé con fuerza la cola del minino y éste, tras lanzar un marramiau, salió por entre las cajas.

—¡Maldito gato! —exclamó Banner—. Me gustaría meterle una bala entre ceja y ceja.

—Déjalo —replicó el jefe—, es un buen cazador de ratones.

—Pues ahora nos hemos llevado un buen susto por su culpa.

Y los tres olvidaron el ruido.

Ed dijo:

—¿Qué ha dicho el jefe?

—Bronca porque Chuck y Lester se excedieron.

—Entonces..., Roger ya es de los nuestros.

—Eso saltaba a la vista sin la prueba de esta tarde. Si hubiese sido un federal como Don, por más que fingiera, no llegaría a tanto como para matar a un compañero.

—Es lo que pensamos nosotros —adujo Ed—. ¿Eh, Badder?

—Y más siendo un amigo —replicó el aludido.

—El jefe es algo quisquilloso. Pensó que al ser atacado lo primero que haría sería avisar a la División. Y tuvo oportunidad de ponerse en contacto con la policía cuando le perseguían por lo del atraco, pero no lo hizo.

—Y mientras le seguimos no habló con nadie. Excepto con esa mujer de Brooklyn.

—Sí...

—También hay esa visita a una casa de la calle Cuarenta y Siete. Se referían sin duda a la casa de Paula.

—Otra chica seguramente. Se le dan bien —comentó el jefe sin darle demasiada importancia.

Los otros sonrieron.

—Y qué chica. Una rubia imponente. El fulano tiene suerte.

—¿Le siguen todavía? —inquirió Turner encendiendo un cigarrillo.

—Landers nos seguía con el coche, cuando le dejamos en la «quinta» se quedó vigilándole.

—Bueno..., que siga durante un par de días. Simple precaución. Roger no conoce a Landers, es al único que le falta, pero como se acerca el fin y tendremos que emplearnos todos, tendrá que finalizar la comedia.

¡Maldita sea! Si un tipo me estaba siguiendo, sabría que yo me encontraba en el almacén. ¿Cómo no me di cuenta antes?

Pensaba hacer muchas cosas allí dentro cuando los demás se hubiesen ido, pero de repente lo más urgente era decir un par de cosas al tal Landers.

Esperé a que los otros se metieran en el despachito, para deslizarme fuera de mi escondite.

Mis ojos tropezaron con algo que ya no podía extrañarme.

La valija.

La misma que me habían birlado mis falsos atacantes en el parque.

Me habría gustado comprobar si realmente contenía otros cuatro saquitos de bicarbonato.

Pero lo importante era ocuparme del tal Landers, que había venido pisándome los talones.

Salí con el mismo sigilo con que había entrado sin que nadie se diese cuenta.

Una vez en la calle, miré.

No había nadie.

Supuse que Landers estaría escondido en alguna parte, ya que lógicamente él debía suponer que había ido al almacén, no para

espiar sino para hablar con el jefe.

«Debe estar vigilando la salida por algún lado», pensé.

Como no le conocía, sólo había una forma lógica de dar con él.

Le llamé.

—¡Landers!

Mi primer intento fue nulo.

Avancé un poco más hacia la salida del callejón y repetí la llamada.

—¡Landers!

Un tipo asomó tras un coche negro, que estaba seguro que no se encontraba allí cuando yo llegué.

Sonreí al tiempo que le hacía una seña.

—¡Vamos! Sal de ahí. Ya está bien de hacer de espión. El jefe te llama.

El tipo sonrió a su vez y avanzó hacia mí.

Daba por descontado de que yo estaba cumpliendo órdenes del «boss».

Cuando estuvo frente a mí le medí un momento con la mirada. Al contrario de los otros, éste —Landers— no tenía el aspecto de bulldog. Era un tipo de menor estatura que la mía, más bien delgado y de apariencia refinada.

Sonreí mientras me preparaba para atizarle.

—¿Qué llevas aquí, amigo? —dije señalando su sombrero.

Instintivamente levantó los ojos hacia lo alto.

No tuve más que coger un breve impulso y conectar mi diestra contra su mentón.

Fue derecho hasta dar con los huesos contra el coche negro.

Antes de que cayera le aticé al abdomen.

Al inclinarse me ofreció cándidamente su nuca, a la que sacudí con el dorso de la mano.

Se desplomó como un fardo.

Calculé mentalmente que su inconsciencia le duraría por lo menos media hora, sino más.

Lo arrastré hasta un montón de cajas vacías que formaban un callejón.

Busqué por el suelo y encontré lo que necesitaba. Un pedazo de cuerda.

Lo até a uno de los ganchos de la pared que se usan para los

toldos y luego lo amordacé con su mismo pañuelo.

—Espero que nadie te encuentre —dije.

Regresé al almacén.

Turner y sus bulldogs iban a salir.

Me pegué a la pared del vestíbulo, aprovechando el hueco de una columna y les dejé pasar conteniendo la respiración.

—¿Mandarás a Roger, mañana? —decía Ed.

—¿Por qué no? —replicó el jefe.

Todavía antes de salir encendieron un pitillo. Afortunadamente no conectaron la luz.

Se largaron.

Yo suspiré tranquilo.

A solas en el almacén, fui en busca de la valija.

No estaba.

¿Contendría realmente bicarbonato?

Encendí la luz, consciente que desde el exterior nadie podía observarme, puesto que puertas y ventanas estaban cerradas con un porticón de madera.

Fui hacia el despachito de cristales de Turner.

La valija estaba dentro.

¡Vacía!

¿Cómo entrar sin que Turner se diese cuenta de que había forzado la cerradura?

Probé con mi llave. Inútil.

Entonces me di cuenta de que uno de los cristales estaba roto, aunque se aguantaba perfectamente.

No lo pensé dos veces.

Di un golpe seco y saltó en pequeños pedazos.

Sin tocar en absoluto las aristas que habían quedado pegadas a los lados intenté introducirme en el interior.

El hueco no era muy grande y tuve que hacer alardes de contorsionista para lograr meterme allí dentro.

Lo conseguí.

Examiné la valija y los restos del polvo blanquecino, indudablemente caídos de los sacos.

Pasé el índice por el polvo y puse una leve partícula sobre mi lengua.

No me cupo la menor duda.

Bicarbonato.

Era evidente que lo habían esparcido. Tirado...

¿Por qué?

No porque habían tirado el bicarbonato. Sino... ¿Por qué diablos rodeaban de tanto misterio aquellos saquitos?

¿Por qué había que irlos a buscar a un barco con matrícula griega?

Miles de preguntas bullían en mi mente, pero ninguna hallaba respuesta.

Busqué distraídamente los saquitos. No estaban. No le di ninguna importancia.

Me entretuve en revisar los papelotes y el dietario de Turner.

Tampoco había allí nada sospechoso.

Decidí largarme.

No podía dejar a Landers mucho tiempo abandonado. Salí del despacho de cristales con el mismo cuidado. «¡Espero que Turner lo atribuya al viento!», me dije. Lógicamente, si alguien pretende colarse por un sitio tan difícil como el hueco de un cristal, toma precauciones para no cortarse, quitando las aristas.

Él no quitarlas me costó un par de rasguños, pero era necesario.

Calculé que no había tardado más de siete minutos en volver a entrar en la casa y estar dispuesto para salir.

Fui hacia la puerta.

Por dentro no me fue difícil abrir. La llave sólo era necesaria por la parte de fuera. Por dentro bastaba pulsar un resorte.

Una vez fuera —tuve la precaución de dejar el resorte en posición de cierre— sólo tuve que apretar suavemente y todo quedó igual.

Iba a salir del callejón cuando me pareció oír la voz de Ed.

—Repito que es el coche de Landers.

—¡Maldita sea! —renegué—. ¿Cómo no se me ha ocurrido pensar en el coche?

Badder afirmaba.

—Pero ¿qué diablos estará haciendo Landers aquí?

—No está en ninguna parte, Turner —decía Ed desde lejos.

Turner, suspicaz, aventuró:

—¿Habrás seguido a Roger hasta aquí?

—¿Quiere decir que...?

Turner ya iba de nuevo hacia el almacén.

—Venid conmigo, quiero echar un vistazo.

Me deslicé hasta el fondo del callejón. Más allá de la puerta del almacén.

La oscuridad fue mi aliada.

En cuanto los tres hombres desaparecieron, salí de mi escondrijo y corrí hacia donde lo había dejado.

Suspiré al ver que seguía allí en el mismo estado que lo dejara minutos antes.

Le desaté y lo arrastré hasta el coche.

Lo metí dentro. Empuñé él volante y arranqué con suavidad, procurando no hacer ruido.

—Ahora tendré que despertarte, amigo —le dije, en cuanto le hube acomodado en una butaca en mi apartamento.

Lo avanzado de la hora me ayudó a que la patrona no me viera cuando lo subí hecho un fardo por la escalera.

El tipo seguía durmiendo con cara de beatitud.

Lo metí bajo la ducha.

—Ahora llama a Turner y dile exactamente lo que te he indicado —apoyé mi orden al asustado Landers, encañonándole con el treinta y ocho que había encontrado en su bolsillo.

—¡Eres un «poli»...! Como Cliver.

—No divagues y haz lo que te he dicho. Dispararé sin contemplaciones.

Evidentemente, había conseguido aterrorizarle.

Landers tomó el auricular que yo mismo le ofrecí y marcó un número.

—Si no está en el almacén, llámalo a su casa, pero cuidado con lo que dices, Landers.

Habían transcurrido diez minutos, más cinco que empleé para ir del mercado central a mi apartamento y por tanto cabía suponer que Turner y los suyos hubiesen ido.

Estaban allí.

Oí claramente el chasquido del auricular de Turner al ser levantado del soporte.

—¿Quién llama?

Acentué la presión que ejercía el cañón del «treinta y ocho» en la sien de Landers.

Éste tragó saliva y contestó:

—Soy yo, jefe. Landers.

—¿Dónde diablos estás?

—En un bar... En un bar del centro. Roger ya hace rato que se ha acostado. Me quedé un tiempo después que apagara la luz de su apartamento.

—¿Qué has venido a hacer aquí? Hemos visto tu coche.

—Vine personalmente a dar el parte, jefe, pero encontré a un conocido y fuimos a tomar unas copas.

—Pero cuando salimos no estabas.

—Pues yo tampoco vi luz al regresar del bar. Creí que se había marchado, pero...

Le indiqué por lo bajo:

—Di que has llamado a su casa...

Landers obedeció.

—... Llamé a su casa y al no contestar insistí en el almacén.

—Te estuvimos buscando... Tal vez mientras lo hacíamos tú regresaste.

Asentí.

—Eso debe ser, jefe.

—¿Hay alguna novedad?

—No, jefe. Todo sigue igual.

—Lo imaginaba.

Le arrebaté el teléfono y colgué.

—¿Qué piensa hacer conmigo?

—Mira, Landers, yo no soy un «poli» ni he pensado en matarte... Pero no podrás salir de aquí en unos días...

—¿Piensa secuestrarme?

—Pues... algo parecido.

CAPÍTULO VII

Arrastré su cuerpo hasta el último piso.

Primero tuve la precaución de coger la llave del cuarto de los depósitos de agua, que a la vez servía de trastero.

Cada inquilino tenía su pequeño cuartito, aunque en realidad nadie lo utilizaba.

Ahora iba a necesitarlo por primera vez para tener a cubierto al pájaro.

¿Qué cómo lo había adormecido?

No. No fue con jarabe de palo.

Recordé que guardaba unas tabletas contra el insomnio de los lejanos días en que a mi organismo le dio por mostrarse desvelado.

No había caducado su eficacia y leí en el prospecto el máximo autorizado.

Tres tabletas.

Las administré a mí «huésped» y tras una breve espera hicieron su efecto.

No podía alejarme demasiado de la casa, no sea que fuera a despertarse, pero tampoco podía permanecer a su lado cruzándome de brazos, con lo mucho que tenía por hacer.

Una vez Landers estuvo aposentado en el trastero, cerré bien y regresé a mi apartamento.

Sobre la mesita guardaba todavía la nota y el correspondiente sobre de puño y letra del propio Landers, que revólver en mano le había obligado a redactar.

La caligrafía era infame y las faltas de ortografía salían a tres por línea, pero cuidé de asegurarme de que no se trataba de una trampa comprobando letra y ortografía con los apuntes que el tipo guardaba en su agenda.

Casi todo direcciones de chicas.

La nota decía así:

«Jefe:

»Creo que es mejor que escampe el vuelo. Me están siguiendo los pasos.

»Me di cuenta después de telefonarle anoche.

»He logrado despistarles y escribo esta nota desde la estación de Pennsylvania.

»No creo que sea cosa de Roger, porque él no me conoce, pero ándese con cuidado.

»Billy».

Con la nota dentro del sobre esperé en las proximidades del mercado.

Vi con satisfacción que mis cálculos no habían sido erróneos.

El cartero bajó de una furgoneta dispuesto a hacer el reparto de la mañana.

Le salí al paso.

—Oiga... ¿Quiere hacerme un favor?

—¿Qué clase de favor?

Le entregué la carta envuelta en un «papiro» de los de veinte.

—Entregue esa carta con las demás. Se me olvidó echarla al Correo...

El cartero guardó distraídamente el billetito, después de haber abierto bastante más de lo normal sus pequeños ojillos y leyó las señas.

—Esto está aquí mismo, amigo.

—Es que... Me disgustaría llegar yo antes que la carta. ¿Sabe? Es cosa de negocios.

—Usted manda.

—De cualquier modo, seguimos la misma dirección.

—¿No se fía?

—¡Claro! Pero ya le digo que también tengo que ver al destinatario.

Mientras andábamos, el cartero observó:

—¿No le extrañará que no lleve matasello?

—Como cartero —argüí— ya debe haberse fijado que algunas vienen así.

El hombre asintió:

—Bueno, sí... Es culpa de las prisas. A veces una carta se pega con otra y pasan juntas por la máquina automática...

Pensé que no era exacto. Las cartas rara vez pasan juntas, pero por los motivos que sean algunas vienen sin el matasello.

Me adelanté al cartero y entré en el almacén.

—¿Qué te trae tan temprano, Roger? —preguntó el jefe al verme entrar.

—¡Quiero aclarar algunos puntos, Turner, si es que desea que siga trabajando para usted!

—¿A qué vienen esos humos?

Me fijé en el cristal roto, cuyas aristas habían sido quitadas. Se lo indiqué.

—¿Un cristal roto? Mala suerte...

—¿Eres supersticioso?

—¿Cómo se ha roto?

—Estaba roto ya. ¿Qué importancia tiene eso?

Podía haberle contestado que la única importancia era la de asegurarme de que no sospechaba, pero naturalmente no se lo dije.

—Es que depende de cómo haya sido la rotura.

—Tal vez ese maldito gato juguetón. A veces le da por pegar saltos. A lo mejor dio en el cristal, como estaba resentido.

—¡Ah!

—Bueno, al grano. ¿Qué mosca te ha picado?

La valija seguía allí. Ésa iba a ser una buena excusa...

—Esa valija... ¿Es la que me birlaron aquellos sujetos, no?

Turner sonrió.

—De, acuerdo, Roger. Es una larga historia. Ahora no tengo tiempo, pero... para mostrarte mis buenas intenciones mira...

Buscó en sus bolsillos y sacó dinero. Bastante dinero. Lo contó.

—Otros mil. Es por lo de ayer. Y no hablemos más.

Lo cogí fingiendo un cierto desprecio.

—Esta noche hay otro trabajo. El último. Luego tendrás una buena tajada.

—¿Sólo por transportar bicarbonato?

—Exactamente.

—No lo veo muy claro.

—Tras ese bicarbonato se esconden cinco millones de dólares. Mis ojos se abrieron como naranjas.

—¿Ci... cinco millones?

—Eso he dicho...

—¿Desde cuándo el bicarbonato se cotiza a esos precios?

El cartero interrumpió nuestra charla para dejar su correspondencia.

Un par de cartas comerciales y la «otra».

Fue a la que Turner prestó mayor atención.

—Esa letra...

Rasgó el sobre y lo echó al suelo, lo cual aproveché, mientras él leía ávidamente, para recoger el sobre como quien lo examina y luego hacer una bolita con él y tirarlo lejos. El asunto «matasellos» dejaba de ser un posible obstáculo.

Turner arrugó la carta y contrajo el rostro.

—¡Maldita sea!

—¿Malas noticias?

—Uno de los míos...

—¿Qué sucede?

—Cree que alguien le seguía y se ha largado... ¡Maldito Landers!

—¿Se llama Landers?

—Sí...

—¿Y quién le seguía?

—Los «polis», claro...

—Al menos él debe saber por qué le persiguen...

A mí me seguís cuando se os antoja y no sé por qué...

—Eso es distinto. Landers siempre ha sido un tipo con mucho «canguelo», pero si dice que le seguían es que...

—¿Qué...?

—Don debió dejar instrucciones.

—¿Qué instrucciones?

—Don era un federal. Iba tras lo «nuestro».

—¡No me digas!

—Sí... Por eso tenía que ser eliminado.

—Dime, Turner... ¿Qué es exactamente lo «nuestro»?

—No hagas preguntas ahora. Tengo que llamar a alguien...

Marcó un número antes de que hubiese abandonado por completo el local. Antes aún me dijo:

—Vuelve a la misma hora de ayer. A menos que haya cambio de planes.

Tuve tiempo de oír cómo pronunciaba las primeras palabras a su invisible interlocutor.

—Alguien iba tras de Landers...

—Sí. Acabo de recibir una nota. Espera. Te la leo.

Me alejé silbando como si la cosa no me importara lo más mínimo.

Me procuré un nuevo tubito de «estimulante de sueño» y regresé a mi apartamento.

Mejor dicho, al de Landers, léase su trastero.

Seguía en los brazos de Morfeo.

Sonreí y me fui.

Hice detener el taxi una manzana antes de llegar al apartamento de Don. Al de la calle Cuarenta y Siete.

Fui andando hasta la casa, pero me guardé de entrar.

Un policía —el de servicio— estaba efectuando su ronda y en aquellos momentos se encontraba detenido junio a la casa.

No quise exponerme y opté por entrar en un bar cercano, mientras repasaba la agenda de Don.

Interesante, sin duda, pero enigmática para mí.

El nombre de Turner, conforme me había indicado Sonia, venía marcado con un puntito hecho con bolígrafo rojo.

También el de un tal Lou Ferrer.

¿Quién será ese Lou Ferrer?

Luego habían sus señas del apartamento donde encontró la muerte.

Y números.

S-4227.

S-8412.

S-5021.

S-5530.

S-1007.

S-2233.

S-1215.

S-4911.

¡Curioso! Todos los números precedidos de una ése. Todos de cuatro cifras.

¿Teléfonos?

¿De dónde?

Miré hacia fuera y vi que el agente se había ido.

Era el momento, pues, de echar una ojeada a la casa de Don.

Crucé la calle y cuando iba a subir los peldaños que separan la acera de la puerta de entrada, alguien me llamó a mi espalda.

—¡Roger!

Era una voz melodiosa que reconocí enseguida.

—¡Paula!

El policía se acercaba nuevamente.

—Vamos a otro sitio —dije.

—¿Iba a casa de Don?

—Sí.

—¿Por qué no fue ayer tarde?

—No pude.

Andábamos deprisa.

—Ahora es mejor que no vaya. Venga a mi casa.

—Creí que a esas horas estaría trabajando.

—Pedí fiesta...

—¡Ah! ¿Algún motivo especial?

—Sí... pero no puedo decírselo.

Pensé que había un montón de cosas que Paula no podía decirme. Una de ellas que Don —su novio según ella— era agente del FBI.

Si tanto confiaba, ¿por qué no decirlo? ¿Acaso no lo sabía?

Si fuera así..., ella habría sido la novia de Don, como yo comandante en jefe de las fuerzas sur-coreanas.

Pensé aprovechar el tiempo tratando de esclarecer la verdad.

Llegados al apartamento de la estupenda rubia, me serví un *whisky* como la cosa más natural del mundo.

—Y ahora —dije tan pronto hube ingerido el espirituoso líquido— hablemos claro, nena. ¿Permites que te tutee?

—Claro, Roger... Pero... ¿por qué me miras así?

La miraba con cierto descaro.

—En principio, siempre me pareció bastante extraño que para ser la novia de un hombre que acaba de morir te mostraras... digamos no demasiado... compungida.

—El dolor es algo que puede llevarse dentro del corazón.

—No —dije sacudiendo la cabeza—. No creo que seas la clase de

novia que él hubiese elegido.

—No te entiendo.

Me acerqué a ella y la rodeé con mis brazos.

—Roger... no te comprendo.

Aplasté mis labios contra los suyos, antes de que pudiera imaginarlo.

No se debatió. No hizo nada para soltarse.

Repetí la dosis.

—¿Estás más calmado? —preguntó con una sonrisa cuando la solté.

Sonreí a mi vez en devolución de su gentileza.

—¿Sigues insistiendo en que fuiste la novia de Don?

Levantó los brazos con gesto vencido y los dejó caer suavemente.

—Has descubierto mi pequeño secreto...

—¿Pequeño...?

—¿Cómo te enteraste?

—Esto no cuenta, querida. Lo importante es ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué montaste la comedia de que yo averiguara cuanto pudiera?

—Porque en realidad... no te mentí por completo.

—Dijiste que hacía un par de años que erais novios.

—Bueno... Pongamos un par de años que... le amaba.

—Pero él a ti no, ¿verdad, rica?

—Dejemos eso, ¿quieres...? —Varió por completo su aspecto al agregar en tono más bien grave—: ¿Conservas todavía la agenda?

—Sí.

—Devuélvemela.

—¿Por qué?

—Es un recuerdo.

—Lo siento. Yo no «amaba» a Don, pero le apreciaba. El «recuerdo» me lo quedo.

Unos golpes en la puerta interrumpieron nuestra charla.

Paula fue a abrir.

Era una mujer bastante gorda con aspecto de ser la patrona.

No me equivoqué.

—No me gustan los jaleos en mi casa, señorita. Siempre ha sido un sitio decente.

—Lo siento, señora Kovek, no volverá a ocurrir...

—No me gusta que la policía ande husmeando y haciendo preguntas. La gente comenta...

Interesante conversación, pensé.

—Yo no tengo la culpa. Comprenda. Mi novio fue asesinado y...

—Bueno... Anoche volvieron a preguntar por usted. Había salido...

—Sí... Un recado.

—Si no se acaba pronto, tendré que rogarle que se busque otro alojamiento. Lleva sólo aquí dos meses y...

—Está bien, está bien, señora Kovek, no le daré más molestias.

Evidentemente la visita no había podido ser más oportuna. Paula se la quitó de encima cómo pudo y volvióse hacia mí, visiblemente sofocada.

—Ahora comprendo por qué me diste a guardar la agenda. Temías que los «polis» la encontraran, ¿no? ¿Para quién infiernos trabajas?

—Me gustaría poderte decir muchas cosas, Roger, pero es imposible. Sólo te pido que vuelvas esta noche. Guárdate la agenda si quieres, no tiene ningún valor. Te lo aseguro.

Di una vuelta en torno suyo.

¿Qué diablos escondía aquel ondulante bombón de vestido ajustado?

—¿Así que anoche no estabas en casa? —pregunté.

—¿Algo que objetar?

—Envidia...

—¿Eh?

—Envidia del afortunado que estuvo contigo.

—Sí, querida, esta noche nos veremos. A la misma hora de ayer.

—De acuerdo. Todo estará a punto.

Eran las seis de la tarde y me encontraba ya en el almacén de Turner.

Sus bulldogs estaban junto a mí.

—¿Con quién habla el jefe? Jamás le había visto tan cariñoso. Ed sonrió.

—Normalmente siempre está así cuando habla con el «jefe».

—¿El jefe?

—Es jefa —sonrió Badder.

—¡¡Jefa!!

—En realidad son socios, pero por lo visto es ella la que lleva la voz cantante. Será porque tiene buenas relaciones... Gente gorda. Así uno siempre va seguro.

—¿De modo que es una mujer?

—Es natural que te sorprendas. Todos hicimos lo mismo cuando empezó esto.

—¿Cómo se llama?

Lo pregunté como hubiera podido preguntar «¿Tenéis hora buena?».

No salió bien.

—Amigo. Tú quieres saber demasiado. Esto no lo sabe nadie. Turner lo guarda como un secreto de Estado.

—Ya.

No pensé sacar mucho más.

El jefe había colgado y vino hacia mí.

—Ve a ver a Sarto —me dijo.

—¿Sin trampa?

—Sin trampa. Aunque veas a los mismos chicos de ayer, no hagas caso. Serán tus guardaespaldas.

—¿Cómo cambian las cosas!

—A las ocho.

—¿Y qué hay de esa nota de Landers? —pregunté fingiendo interés.

—Nada. Posiblemente le seguían por alguna vieja cuenta pendiente, pero ya hemos averiguado que no es por nada que nos afecte a nosotros.

—¿Tenéis un buen servicio de información?

—No está mal...

Salí del almacén. Consulté mi reloj y comprobé que tenía tiempo suficiente para regresar a mi apartamento y dar el tercer vistazo del día a mi huésped forzado.

Antes entré en una farmacia.

Mostré el tubito que había comprado por la mañana y pregunté:

—Oiga. En el prospecto dice que pueden tomarse hasta tres pastillas. ¿Cuánto dura su efecto?

—Eso depende del temperamento de cada cual. La naturaleza no es la misma en todas las personas.

—Bueno, pero habrá alguna norma.

—Si el paciente tuviera que dormir durante las veinticuatro horas del día, puede administrarse el máximo hasta dos veces, pero yo que usted no abusaría. Todos los días aparecen casos en los periódicos.

—Ya...

Salí pensativo.

No es que Landers me resultara simpático, pero tampoco sentía el menor deseo de envenenarle.

«Si alguien pudiera guardármelo en su casa y vigilarlo...», pensé.

Tuve una idea mejor...

Verdaderamente no he nacido para policía, porque de ser así, me habría dado cuenta de que alguien me estaba siguiendo como una sombra.

Yo seguí con mi idea.

Y la idea se llamaba Jane.

CAPÍTULO VIII

—¡Roger! —La exclamación de sorpresa de Jane fue de lo más natural.

Desde que habíamos decidido no casarnos hasta la fecha, transcurrió un largo paréntesis.

Me pareció encontrarla más guapa. Por lo menos sin esa máscara sofisticada que parecía cubrir el rostro de Paula, ni la mirada enigmática de Sonia.

—Querida Jane, no tengo mucho tiempo, pero necesito que me hagas un favor.

—¿Estás en apuros?

—Yo siempre estoy en apuros, pero ahora creo que tendrán fácil solución si tú me ayudas.

—¿Qué tengo que hacer?

—Ve a la oficina general de Investigación...

—¿Al FBI?

—Sí. Pon atención. Pregunta por cualquiera. No importa. Alguien que pueda facilitarte las señas de la novia de Don Cliver.

—¿Quién es Don Cliver?

—Un amigo mío que murió... No preguntes ahora y pon atención... Necesito saber si Sonia es la auténtica.

—¿Sonia?

—¿Quieres callarte?

—Hijo... No consigo entender nada.

—Escúchame, Jane. Pon toda tu atención...

Conseguí explicarle lo que quería.

Mientras me dirigía al muelle, donde seguía anclado el «Karamalis», pensé en Jane.

Si todo lo hizo tal como yo le pedí —y en eso confiaba plenamente en ella, la conversación entre ella y el inspector X,

debió desarrollarse aproximadamente así...

Jane: —Me llamo Jane Bellward.

Inspector X: —¿En qué puedo servirla?

Jane: —Verá..., soy prima lejana de Don Cliver. En realidad, es mi único pariente. Llevo mucho tiempo sin verle.

Inspector X (Un poco mosca): —¿Quién le dijo que trabajaba aquí?

Jane: —Pues él mismo, claro. Sé que era agente.

Inspector X: —Espere un momento. Consultaré los ficheros.

El inspector deja sola a Jane y regresa al poco rato.

Jane: —¿Lo ha encontrado?

Inspector X: —Verá... no podemos dar el nombre de nuestros agentes a la primera persona que llega.

Jane: —He dicho que soy su prima.

Inspector X: —Deje su nombre y dirección y mañana le diremos algo. Comprenda. A estas horas...

Jane: —En realidad, no deseo nada de Don...

Inspector X (Extrañadísimo): —Entonces... ¿Qué es lo que desea?

Jane: —Saber si su novia sigue siendo Sonia Leston y las señas son éstas (Jane las saca anotadas en un papel).

Inspector X (Tomando el papel): —Mmmm. Déjeme consultar. (Se va).

Jane guarda silencio mientras espera impaciente y un poco arrepentida de haberme hecho el favor.

Inspector X (Entrando): —Parece que hemos tenido suerte. Evidentemente tenemos un agente con este nombre. Acabo de hablar con un compañero suyo que dice conocer a su novia. Como usted dice, se trata de Sonia Leston.

Jane: —Gracias, inspector.

Jane deja el edificio y toma un taxi, haciéndose conducir a un supermercado de esos de servicio permanente.

Jane observa a través del cristal trasero que —como yo le indiqué— la están siguiendo.

Jane se detiene en el supermercado, indicando al taxista que espere.

Jane: —Tome. Si dentro de cinco minutos no he salido, puede irse.

Conductor (Examinando el billete): —Bueno.

Jane entra en el supermercado. Hay gente y tiene suerte de poderse mezclar y pasar más desapercibida.

Detrás la siguen un par de hombres, pero Jane les toma ventaja.

Jane consigue llegar a la salida que da a una calle transversal.

Jane toma otro taxi y se marcha tranquilamente a su casa.

¡Ha logrado despistar a los del FBI!

Soy un genio planeando cosas.

Sólo me cabía esperar que todo hubiese salido como yo acababa de pensar.

Pero estaba ya en el muelle y caminaba hacia el «Karamalis».

Poco después —repitiendo lo de la tarde anterior—. Hablaba con el misterioso Sarto.

—Ya ve. Otra vez aquí —sonreí.

Sarto, con su voz acre, me indico:

—Tinglado siete. Planchas de plástico. En el cuarto montón.

—¿Una valija?

—Sí.

—Gracias, amigo.

Igual que la vez anterior, sólo con el cambio de tinglado y de mercancía, me encaminé hacia la búsqueda de la valija.

Esperé que el guarda diera la ronda, etc., etc.

Lo único diferente fue que me colé directamente por la puerta lateral, que estaba abierta. O mejor dicho, cerrada pero sin echar el cerrojo.

Busqué entre las enormes pilas de láminas y encontré la valija en el lugar señalado por Sarto.

No salí enseguida.

Opté por desatar la valija, que contenía otros cuatro saquitos. Abrí uno.

Bicarbonato.

Lo dejé igual y fui a por el siguiente.

Los cuatro igualitos.

A mí ya me estaba pareciendo mucho bicarbonato.

Iba a cerrar el cuarto cuando distraídamente me fijé en unos números algo borrosos grabados en la costura superior del saquito.

2712.

No le di importancia, pero me ocurrió una de esas cosas que suceden a menudo a pesar de uno mismo.

El numerito, ya de regreso al almacén, iba dando vueltas a mi mente.

Me sonaba de algo.

Cuatro cifras... Faltaba algo.

¡La S!

Instintivamente busqué la agenda de Don que seguía guardando en el bolsillo.

Allí había anotados ocho cantidades de cuatro cifras, pero todas con la S delante.

Cuando salí del muelle me metí en el primer bar que me pareció más decente y pedí por el «excusado».

Una vez encerrado, volví a destapar los saquitos.

Todos llevaban una numeración de cuatro cifras, pero sin la S.

—S de Saco —me repetí—. ¿Qué significado tendrá?

Lo tenía ante mis propias narices y no me daba cuenta.

—¡Claro!

S-A-C-O.

S de Saco.

Don debía haberlo apuntado de un modo rutinario. Saco número tal, saco número cual...

Así que aquellos números pertenecían a otros tantos sacos. Debían corresponder a las remesas pasadas por sus manos.

—Don Cliver se interesó mucho por los sacos —me aclaró Ed más tarde, cuando llegué al almacén.

—Debía gustarle el bicarbonato —sonreí.

Me interesaba saber todo cuanto pudiera y Ed, si sabía manejársele, resultaba un buen hablador.

Sonrió por lo del bicarbonato.

—Tienes sentido del humor...

—Oye, Ed. ¿Cómo averiguasteis que era un federal? Porque yo tampoco lo sabía.

—De eso se encargó la jefa.

Coincidía plenamente con lo que estaba pensando desde mi última entrevista con Paula y mi posterior conocimiento de que quién llevaba las riendas de todo aquello era una mujer.

Es posible que una sea la novia. La otra puede ser la misteriosa «jefa».

Todo resultaba bastante claro.

Sólo Paula podía ser la «socio» de Turner.

Su interés en que yo le guardara la agenda... Al fin y al cabo, ¿qué podía descubrir con ella? ¿Los números? Si me interesaba por ellos me habría hecho particularmente sospechoso de ser un federal.

«¡Un doble juego! —pensé—. ¡Claro como el agua! Paula jugó conmigo. Quiso asegurarse de que sería fiel a Turner o en todo caso tenerme vigilado».

La patrona había dicho:

—Sólo lleva dos meses en la casa.

Otra cosa bien clara. Necesitaba estar cerca del apartamento del pobre Don.

Lo de que le había telefoneado moribundo era sólo un cuento chino.

¡Ya me extrañaba a mí tanto vestido ajustado! Tanta pierna al aire.

Un caramelo. Es natural que quisiera llamar la atención, para que yo no sintiera deseos de separarme demasiado...

Bueno... ¡Alto ahí mis pensamientos!

Por lo menos hasta que efectuara una ligera comprobación. Llamar a Jane y que me dijera lo que había conseguido averiguar en la División del FBI.

¡Sólo faltaría que fuera al revés!

Volví a dedicar mi atención a lo que me estaba diciendo Ed.

—No es malo tener un federal entre nosotros. Al fin y al cabo, nunca se sabe quién vigila a quién.

—Bueno, pero... algo debió descubrir.

—Los números.

—¿Y son importantes?

—Claro que lo son. Pero sólo el jefe conoce la clave.

—¿Una clave?

—Algo así... Y si Don Cliver hubiera dado con ella, entonces sí que nos veíamos todos en un aprieto.

—¿Y de no ser por esos numeritos... Don no podía descubrir nada?

—Claro que no. Aquí no se hace nada ilegal. Recoger sacos de bicarbonato no es un delito. Ni siquiera los sacamos del barco.

—¿Qué papel pinta Sarto en todo esto?

—¿Quién te dice dónde están los saquitos?

—Él y Sarto. Pero ¿quién los esconde cada día en un tinglado distinto?

—Alguien.

—Pues, hijo... sí que sabemos cosas.

—Mira, Roger. He aprendido a cumplir órdenes sin hacer preguntas. El jefe me paga bien y esto es suficiente.

—Pero si algún día los «polis» nos echan el guante, ni siquiera sabremos de qué se nos acusa.

La voz de Turner sonó a mi espalda con una respuesta lógica:

—Así, si te preguntan no podrás hablar de lo que no sabes.

—Un buen sistema —asentí—, pero suponga que me echan el guante y yo hablo.

—Dirás que un tal Turner te manda al muelle para entrevistarte con un tal Sarto que te indica dónde puedes encontrar una valija con unos sacos.

—Eso es...

—Y les indicará el nombre del barco.

—El «Karamalis».

—Muy bien. ¿Y qué supones que ocurrirá?

—Pues que investigarán entre el personal del barco, y detendrán a Sarto.

—¿Quién es Sarto? —preguntó con marcada ironía Turner.

Vacilé comprendiendo...

—Descríbelo —insistió pasando de la ironía a la sorna.

—De acuerdo. Procura que no le veamos el rostro, pero la policía tiene medios; me apuesto...

—No apuestes, Roger. Todo está preparado de una forma que es imposible que nadie, ni la policía, ni los federales, puedan descubrir absolutamente nada. Y no hagas más preguntas... Por tu bien.

—Sólo una, Turner. Me la debe. Maté a un amigo. Ustedes sabían que era un agente, pero le dejaban hasta que descubrió los números...

Turner avanzó hacia mí, mirándome burlonamente.

—Con los números tampoco hubiesen descubierto nada. Ni tú. Ni nadie... ¿Hacemos la prueba? Vamos a ver. Cuatro unos, ¿qué significan?

—Yo qué sé. El número de un apartado. Un teléfono, el número de una calle.

—Frío, muchacho...

—Pero fue cuando descubrió esos números...

—Don descubrió otras cosas. Algo que si lograras descubrirlo tú, aún sin ser un federal, te costaría la vida.

Lo dijo con tal seguridad que sentí que un escalofrío recorría mi columna vertebral.

Luego Turner agregó:

—¿Y tú qué sabes de esos números?

—Nada. Lo comentamos con Ed. Eso es todo. Palabra que ni sé a qué números se refiere.

El jefe tomó la valija. La abrió. Hizo lo mismo con el cordón que sujetaba el primer saco. Vacío su contenido, y mostróme lo que ya había visto antes. (Y de lo que tomé oportuna nota, por si acaso).

—Un número de cuatro cifras —dije como si fuera la primera vez que lo viese.

—¿Qué crees que puede ser?

—Pues el número de fabricación del saco —repliqué—. Muchos fabricantes los numeran.

—Pues esto es exactamente lo que es. El número da fabricación.

CAPÍTULO IX

—Sí, Jane. Soy yo, Roger. ¿Has logrado averiguar algo?

Desde el otro lado del hilo su voz sonó agitada:

—Sí, Roger, pero no me pidas nunca más nada semejante. Me siento como si hubiese cometido algún delito. ¡Me seguían! ¡Me seguía el FBI!

—Lo supuse. Ya te advertí.

—Roger... No quiero saber lo que te traes entre manos, pero si es algo malo todavía estás a tiempo de dejarlo.

—No te asustes, Jane.

—Todavía estoy temblando. ¿Qué habría pasado si me alcanzan?

—Pues ya te di instrucciones. Decir la verdad. Me habrían buscado a mí y en paz.

—Roger... esto no me gusta.

—Cálmate, nenita, ya pasó todo. ¿Qué hay de la entrevista?

—Tenías razón. La novia de ese tal Cliver, es Sonia.

—Lo que suponía. Gracias, Jane.

—Otra cosa...

—Di.

—Cliver no debe de haber muerto. El inspector que me atendió, recuerdo que me dijo: «En efecto, uno de nuestros agentes se llama así».

—No les interesa que se sepa. La policía dio la noticia de su asesinato hablando de él como si fuera un delincuente.

—¿Un asesinato?

—Mira, Jane. Tengo un montón de cosas por hacer y por teléfono no es fácil explicarlas. Pero ten por seguro de que los del FBI no te habrían facilitado las señas de la novia de un agente vivo, sin consultarle previamente, ¿comprendes? Pero debió extrañarles que alguien hiciera una pregunta así y te complacieron sólo con el fin de seguirte.

—Sigo sin entender, pero no importa. Me estarías hablando una semana y yo escucharía latín. Debe ser que soy tonta.

—Al contrario, Jane. Has demostrado ser todo lo contrario.

De camino a casa de Sonia pensé en un posible diálogo entre los agentes que siguieron a Jane y el inspector que la atendió.

Debía ser algo así...

Inspector (Enfurecido): —Se dejaron engañar como principiantes.

Agente A: —No podíamos suponer que iba a darnos esquinazo. Dejó el taxi en la puerta.

Agente B: —No parecía de la clase de chicas que quieren ocultar algo.

Inspector: —¡No hay que fiarse nunca de las apariencias! Esa chica no deseaba saber únicamente las señas de Sonia Leston.

Agente A: —¿No vino a eso?

Inspector: —Vino a saber si esa Sonia era la novia de Cliver.

Agente B: —¿Usted cree?

Inspector (Sagazmente): —Está claro como el agua. Si ella se dice prima lejana de Cliver y que además sabe que tenía una novia llamada Sonia. ¿No es lógico suponer que la conociera? Sabía nombre, apellido y señas. ¿Por qué no llamarla?

Agentes

A y B

(confusos): —¿...?

Inspector: —Pueden decirme que a lo mejor se trataba de una cuestión de tacto, pero aun así. ¿Era necesario acudir a nosotros? Además... la noticia de su muerte se dio en la Prensa y en la radio. Más lógico habría sido que viniera a preguntar por él entonces.

Agente A (Excusándose): —Lo siento, señor.

Inspector: —Quizá acabamos de perder una buena pista.

Agente B: —¿Por qué no le dijo abiertamente que Cliver había muerto?

Inspector: —Porque oficialmente nosotros no tenemos nada que ver con el Don Cliver asesinado en un sórdido apartamento del West Side.

Asentimiento general y mutis por el foro.

Bueno. A lo mejor no había sido exactamente así el diálogo

sostenido, pero no importaba. Yo ya había conseguido saber lo que me interesaba.

Y como me hallaba frente a la puerta del apartamento de Sonia, llamé.

—Buenas noches, Roger. No le esperaba.

—Tengo que hablar con usted, Sonia... Y acaso pedirle que me disculpe por no haber tenido confianza desde el primer momento.

Me miró bastante extraña y me invitó a pasar con aquella enigmática sonrisa.

Pasé, me sirvió un *whisky* y se mostró muy interesada por el motivo por el cual la había ido a visitar.

—Ya puede hablar con el capitán Davison. ¿No es así como se llama el que fue jefe de Don en el FBI?

Sorbí un trago mientras comprobaba el efecto que le causaban mis palabras.

—¿Habla en serio?

—Completamente, Sonia. Hace poco he sabido que es usted realmente la novia de Don. Es decir... que lo era.

—¿Acaso lo dudaba?

—Tenía mis motivos...

—¡Oh, Roger, y yo que creí que...!

—Verá... habían dos.

—¿Dos qué?

—Dos novias.

Le expliqué brevemente la intervención de Paula en todo el asunto agregando mis sospechas de que...

—... no me extrañaría que bajo sus curvas se escondiera el cerebro que rige la organización de Turner porque sé que es una mujer.

—¡Asombroso, Roger! ¿Cómo ha llegado a descubrirlo?

—He tenido un poco de suerte. Eso es todo.

—Entonces... —empezó esbozando una sonrisa de complicidad —. ¿Pertenece usted al FBI?

—No. En eso le dije la verdad. Si hago todo esto es por Don. Yo no he tenido nunca grandes amigos... Me sentía en deuda con él. Y un poco con usted.

—Gracias, Roger.

—Además... voy a necesitar un favor de los federales. Yo les

ayudaré en esto hasta el final, pero a cambio usted habla con Davison y le convence de que tengo que ver con el condenado atraco.

Hice nuevamente una breve historia sobre el asunto que me había conducido hasta aquella situación.

Lo único que silencié fue mi intervención en la muerte de Don.

Eso preferí dejarlo para más tarde.

—¿Es por eso por lo que quiere que llame a Davison? — preguntó Sonia.

—No. De momento dejemos todo como está hasta que sepa lo que se propone Turner y qué se esconde tras sus misteriosos sacos numerados de bicarbonato.

—Entonces...

—Tengo un regalito para él en el trastero de mi apartamento. Un tipo llamado Landers a quién Turner lo mandó tras de mí como un sabueso. Hubiera descubierto algo y decidí librarme de él.

—¡Oh, Roger! ¿Le mató...?

Me apresuré a desvanecer su horror.

—Oh, no... Le mantengo durmiendo desde anoche, pero ahora tal vez no podría cuidarme de él.

—Hablaré con Davison.

—No me nombre a mí. Dígale únicamente que lo ha sabido por un confidente... Invente algo.

—Sí, Don. Llamaré ahora mismo.

Consulté la hora.

—¿Estará Davison?

—Tengo su número particular. Primero llamaré a la División.

Marcó un número y esperó.

—¿Está el capitán?

—¡Ah! Claro... Me refiero al capitán Davison... ¡Ah! Ya ha salido. Bueno, llamaré a su casa... No... No... Es personal.

Me miró a mí con gesto resignado.

Marcó otro número y volvió a esperar.

Aquella vez sí hubo suerte.

—¿Davison?

—El capitán Davison. Soy Sonia Lester. ¿Es usted capitán?

En un papel anoté mis señas y se lo tendí a la joven.

Ella siguió hablando con el capitán con el papel entre las manos.

—Sí, capitán. Es urgente. Un... un amigo me ha dicho que en el trastero de su casa tiene encerrado a un tal Landers... Pertenece a la banda de Turner... No... No puedo darle el nombre de ese amigo... En realidad, no sé quién es... Fue un anónimo. ¿Las señas?

Me estaba sirviendo un nuevo *whisky* mientras ella facilitó las señas de mi apartamento, sin mencionar el piso.

La observaba a través del retrato de Don, cuyo marco era bordeado por un pequeño espejo, suficiente para que me devolviera la imagen de Sonia.

En realidad, no sé por qué me fijé en aquello... Tal vez para no perder de vista a la hermosa mujer. Ésa sí encajaba más como prometida de mi amigo.

No es que yo conociera sus gustos personales, pero se supone que un federal, con las virtudes y defectos de cualquier humano, busca una mujer de aspecto menos frívolo.

Ella colgó el teléfono y tiró a un lado el papelito que le había entregado con mis señas, convertido en una bolita.

Sonia se acercó a mí con una sonrisa distinta a las que yo le conocía. Una sonrisa casi feliz.

—Roger... ahora todo irá bien. La muerte de Don no habrá sido en vano. Ahora sé por qué él confiaba en usted.

Estaba tan cerca que mis manos se escaparon hacia sus brazos.

—¿Cómo no adiviné antes que usted... que tú eras su auténtica novia?

—No pienses en ello, Roger.

Tenía la boca entreabierta y me miraba con aquellos ojos...

No sé por qué mis ojos tropezaron nuevamente con la bolita de papel que llevaba escritas mis señas.

Entonces dije una cursilería:

—Me gustaría ser como ese papel, para que me estrujaras entre tus manos...

¡A mis treinta y cinco decir semejante tontería!

Lo subsané en el acto.

¿Qué hice?

Pues lo que debí hacer sin hablar tanto. Atraerla hacia mí y estampar un beso en aquellos labios carnosos, sensuales.

Ella me devolvió el beso con mucho más ardor que lo hiciera Paula.

Al acordarme de ella, pensé que aquella noche todavía me quedaba algo para hacer.

—Me gustaría quedarme un rato más.

—Yo no te lo impido, Roger.

Sus palabras sonaban dulces, musicales, prometedoras.

Se sentó en el diván con cierta coquetería, que no es lo mismo que descoco.

—Sólo cinco minutos —advertí aún en contra de mi voluntad.

—¿Qué es lo que tienes que hacer? ¿Tu novia acaso? ¡Oh, claro...! Tú debes tener novia.

Lo dijo con cierta desilusión.

La tranquilicé.

—No... A la que deseo ver es a Paula. Quiero sacarle todo lo que pueda.

—¡Claro! Bueno... pero debes tener cuidado. Esa gente han demostrado ser listos.

—No te preocupes. Sé cuidarme. Hay quién vela por mí.

—¿Sí?

Le mostré mis manos.

—Ese par de manitas. Me precio de saberlas manejar con destreza.

—Concédeme esos cinco minutos y luego vete.

Su bata acolchada se había entreabierto hasta bastante arriba. Ella debió darse cuenta de que me estaba fijando en sus piernas y se cubrió discretamente.

Carraspeé y me senté a su lado.

Pasé, la verdad sea dicha, algo más de cinco minutos a su lado. Y... traté de complacerla en su afán de sentirse protegida.

Llamé varias veces el timbre, pero nadie contestó a mi llamada.

«Paula debe haber salido a cenar con Turner», pensé, recordando la conversación que oí del jefe citándose aquella noche con la misteriosa «patrona».

Y hablando de patronas, allí estaba la de la casa.

Abrió la puerta y me miró de arriba abajo.

—¿A quién busca?

—Llamaba al apartamento de Paula, pero no contesta. Siento haberla despertado.

Volvió a mirarme del mismo modo y espetó:

—No venga a buscarla más por aquí...

—¿Es que se mudó?

—No. Pero lo hará mañana mismo. Ya estoy harta.

—¿Volvió otra vez la policía?

—Siempre viene alguien a verla. ¡Hombres! No me gusta...

—¿Salió con uno esta noche?

—Con dos. Seguro que no regresará hasta las tantas. Yo tengo el sueño muy flojo, ¿sabe? Enseguida me despierto cuando alguien araña la puerta.

—Bueno... Perdona otra vez...

—De nada, señor. Al menos, usted es educado.

Agradecí su cumplido con una sonrisa y me alejé.

La noche era joven y yo me sentía optimista.

Me hubiera sentido bastante peor de haber sabido las sorpresas que me esperaban.

Silbando una tonadilla, me alejé en busca de un taxi.

Entre las cosas que me faltaban por esclarecer —que eran muchas—, una podía esconderse en el casco de aquel carguero de matrícula griega, el «Karamalis».

Antes de veinte minutos me paseaba por el muelle, buscando las sombras para evitar que el misterioso Sarto pudiera verme, si es que estaba allí.

El camino me era familiar y seguí andando.

Más o menos sabía los barcos que había antes de llegar al que a mí me interesaba.

Sí, allí estaba.

¡No!

Por todos los demonios, allí no estaba.

Es decir, estaba y no estaba.

Me explicaré.

CAPÍTULO X

Había un barco exactamente igual, pero no era el «Karamalis». Su nombre, aunque algo borroso, era el de «Eneida».

Recorrí un par de veces su longitud desde el muelle para asegurarme.

Sí. Habría apostado cualquier cosa que era el mismo... Pero...

Recordé la conversación sostenida con Turner.

Se había reído bastante al hablar del «Karamalis» y de su tripulación y...

—¡Claro!

Todo es cuestión de cambiarle el nombre.

Pero... —¿lo pintan a diario?

El casco, en el lugar donde figuraba el nombre, estaba bastante oxidado.

Me acerqué al máximo.

No. Aquello llevaba aros sin pintar.

¿Habría sido víctima de un efecto óptico?

Decidí subir.

Era un riesgo que debía correr.

Me adentré en el buque fantasma.

El silencio más absoluto se acentuaba con el resonar de mis pasos por la cubierta, en la que normalmente aparecía Sarto.

A medida que avanzaba sentía palpitar con más fuerza mi corazón.

No me tengo por miedoso, pero... ¿han entrado alguna vez en un barco desierto? Oscuro... Y además con la amenaza de que pueden estarle vigilando desde cualquier parte dispuestos a saltar sobre uno.

Porque no creo que a Sarto —de estar allí— le hiciera demasiada gracia mi intromisión en sus dominios de la que parecía ser el jefe absoluto.

Bueno, pues si alguien duda del «respeto» que impone una visita a un barco fantasma, que haga la prueba. No es difícil.

Seguí avanzando hasta llegar a la puerta que comunicaba con el interior.

Una escalerilla conducía hacia la sala de máquinas, otra hacia la cubierta superior.

En ambas direcciones silencio.

Silencio y oscuridad.

Traté de echar una ojeada abajo.

Recordé que mi bolígrafo en la parte opuesta a la bola tenía una lamparilla. Una diminuta linterna suficiente para alumbrar a uno cuando se queda a oscuras en una escalera.

Lo utilicé.

Apenas alumbraba los peldaños que iba descendiendo poco a poco.

Al fin llegué a la sala.

Era eso. Una sala. Porque de máquinas, nada...

Aquello no era más que un barco en reparación.

La luz empezaba a hacerse en mi mente.

Allí no había nadie. Ni nunca lo hubo... Al menos desde hacía bastante tiempo.

—Esto está más abandonado que una piel de plátano.

¿DIJE ABANDONADO?

Entonces... Aquellos pasos procedentes de popa que avanzaban por la cubierta... ¿A quién pertenecían?

Me apresuré a subir la escalera.

Los pasos se habían detenido.

Asomé con prudencia la cabeza.

Nuevamente oí el

tip-tap

tip-tap

de las pisadas.

—Por el lado de estribor —calculé.

Me deslicé por la cubierta tratando de dar la vuelta y sorprender a quién quiera que fuese, con cierta ventaja.

Me detuve al cesar nuevamente las pisadas.

«Parece que estamos jugando al escondite», me dije tratando de sentirme optimista.

Por un momento pensé que tal vez sería mejor largarse. Si era Sarto... ¿qué explicación iba a darle?

Otra vez sonaron los pasos.

Por la escalerilla de la cubierta superior. Hacia el puente.

Continué la marcha y busqué la escalera que había utilizado el otro.

Intenté orientarme.

Silencio.

Avancé hacia el puente.

Nadie.

Asomé ligeramente el rostro hacia la cabina.

Vacía.

Sentía deseos de gritar. Sí. De pedir a gritos que saliese de su escondite quien quiera que estuviese allí.

Pensé que si dispusiera de un foco que de repente lo alumbrara todo...

Allí estaba el foco.

Pero alumbraba a mi rostro con cegadora luz que me obligó a parpadear.

Una voz ronca me preguntaba:

—¿Qué busca aquí?

—Se lo diré en cuanto apague esta luz.

—¡Vamos! Salga...

Me señaló con la linterna el camino.

—Oiga... usted juega con ventaja, amigo —dije—. No sé quién es.

—Alguien que puede meterle en un buen lío si usted no se explica satisfactoriamente.

Estábamos frente a frente en la cubierta superior.

Be pronto mi interlocutor se alumbró brevemente.

¡El guarda!

Suspiré tranquilo.

—Le contaré todo lo que quiera saber.

Una vez en el muelle le expliqué que buscaba el «Karamalis» y que lo había confundido con aquel barco.

—No hay ningún barco con ese nombre. Nunca lo he oído...

—Pues esta tarde estaba. A eso de las ocho.

—Usted ha bebido, amigo...

—Tengo un conocido dentro.

—En esta parte —explicó el guarda—, están únicamente los barcos destinados al desguace. Pura chatarra.

—Lo siento... Debí confundirme de nombre... No me busque ese lío. No pretendía llevarme nada.

—No deja de ser bastante extraño... Aunque muchos pretenden utilizar esas embarcaciones para esconderse. No es mal sitio.

—Oiga, puedo facilitarle el nombre de alguien que sabe que no soy un maleante precisamente. —Y al decirlo recordé a Sonia.

—Váyase. Quiero creerle.

—Bueno... Gracias...

Ya sabía más o menos lo que deseaba.

El barco formaba parte del plan —aún ignorado por mí— de Turner y sus compinches.

En algún lugar debían esconder alguna lámina que luego debían colocar en el lugar exacto del nombre y automáticamente uno leía «Karamalis».

Sarto se las ingeniaba para estar allí a la hora en que debía dar el parte sobre el lugar dónde se escondían los saquitos de bicarbonato.

Luego desaparecía.

Todo formaba parte de un trabajo en cadena, donde cada cual era un eslabón que desconocía lo que hacían los otros.

En principio parecía un plan perfecto.

¿Qué podía decir Sarto si le detenían en el barco?

Poco más a menos lo mismo que yo y en paz.

Sentía la sensación de que cada vez que descubría algo nuevo, aumentaban el número de cosas por averiguar.

Decidí regresar a casa.

Recordé a Sonia y me pregunté:

«¿Aceptará ir a bailar conmigo en un club nocturno si se lo propusiera?».

Hacía mucho tiempo que no frecuentaba un local de esos...

«Es tarde», me dije.

De todos modos, la telefoneé.

Lo hice desde un bar. Desde el mismo donde me había encerrado en el excusado unas horas antes para comprobar los números de los saquitos.

Mientras marcaba, se me apareció su imagen a través del espejo que circundaba el marco con la fotografía de Don.

¿Por qué pensaba en Don?

Era tal vez mi conciencia. O tal vez lo estaba pensando por algo que se había grabado en mi subconsciente sin que en su momento yo le hubiese dado excesiva importancia.

Veía claramente la escena como si estuviera allí —mientras Sorna hablaba con el capitán Davison del FBI.

Le estaba dando mi dirección.

Pero...

¡DIOS MIO! ¿Cómo no me di cuenta antes?

Todo estaba claro.

Lo que pensé me llenó de horror.

Tomé un taxi y me dirigí rápidamente a mi casa.

Comprobé que en el trastero, como era natural, no había nadie.

Landers, mi huésped, ya había sido sacado de allí.

Bajé nuevamente a la calle pensando en mi descubrimiento...

¿Es posible que no adivinen que había descubierto?

Piensen un poco... Si es tan fácil...

Salí a la calle sin saber exactamente lo que debía hacer.

Allí me esperaba la tercera sorpresa.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no caerme.

Ya he dicho que el miedo no es un sentimiento natural en mí, pero lo que vieron mis ojos habrían llenado de terror al más pintado.

—¡No! —Sólo pude musitar.

CAPÍTULO XI

Sólo había visto «su» rostro de un modo fugaz, a través del cristal de la ventanilla del automóvil que estaba parado frente a la escalera.

Luego el auto arrancó y dobló por la primera esquina.

Digo que había sido un momento, pero le reconocí enseguida...

Sin embargo era algo tan absurdo, tan imposible, tan irreal...

Yo acababa de ver a...

DON CLIVER.

¿Cómo era posible?

Yo mismo le había visto caer muerto...

¿De qué clase de extraña alucinación estaba siendo objeto?

¿Me despertaría de pronto y resultaría que todo había sido una horrible pesadilla?

Sí. No me cabía la menor duda.

Anonadado, tropecé con algo y me faltó poco para caerme por la escalera.

Me torcí un tobillo y el dolor me hizo comprender que estaba bien despierto.

Venciendo mi propia resistencia corrí hacia la esquina.

¡Allí seguía el coche!

Se había detenido.

ME ESPERABA A MÍ.

Una mano surgió haciéndome una seña.

Avancé.

Mi rostro debía ser propio de un poseso.

La portezuela se abrió y la voz de Don me invitó a subir:

—No soy un fantasma. Sube.

Creo que no conseguí articular la primera palabra hasta tres o cuatro manzanas después.

—Cuando lo cuente no me van a creer. Pero me alegro que estés

vivo. Todavía no lo comprendo, pero aseguro que me alegro.

—Lo imagino. Y lo entenderás enseguida.

—¿Tú crees?

—¿Oíste hablar de balas de fogueo?

—No me digas que...

—Todo fue una comedia que no podía explicarte. Tenía que obligarte a luchar y fingir un accidente. Sabía que querían matarme. No era mi vida sólo lo que defendía. Sino la continuidad de mi labor...

—¿Y me elegiste a mí?

—No tenía tiempo de preparar a otro agente. Además, habría servido de poco. A ti no podían descubrirte porque realmente no pertenecías al cuerpo y pensé que de un modo u otro intentarías ayudar a esclarecer lo ocurrido. De cualquier modo, de no haberlo hecho por propia iniciativa, te lo habría pedido.

—¿Por qué no «resucitaste» antes? Todo habría sido más fácil.

—En primer, lugar, quería conocer exactamente tu reacción. En todo momento has sido vigilado, siempre que con ello no peligrara la buena marcha de la misión.

—Pero, Don... Yo no soy policía, pero te habría ayudado... Sabes que me gusta la aventura.

—Quería decírtelo la tarde que Paula te dio las llaves de mi apartamento.

—¡Paula! —exclamé recordando de pronto mi anterior descubrimiento.

—¿Qué pasa? ¿Has visto a otro aparecido?

—Por todos los demonios, Don... Hemos de salvarla.

—¿Dónde está?

—«Ellos» la deben tener en su poder. Y la culpa es mía...

—Explícate.

Le conté brevemente mis dudas con respecto a su verdadera novia y mi intento final de averiguar la verdad, enviando a Jane a la División.

—¿Fuiste tú quien la enviaste?

—Sí. ¿Lo sabías?

—Sí. Sigue.

—Allí está mi torpeza. Allí confirmaron que Sonia era tu verdadera novia.

—Y no te mintieron...

—Pero ¡Roger! Ella es la cabeza de esa organización. El jefe invisible.

No pareció inmutarse demasiado cuando me preguntó:

—¿Cómo lo has averiguado?

Tuve que explicarle lo de Landers y mi ruego a Sonia para que avisara al capitán Davison, a fin de que se hiciera cargo de él.

Concluí hablándole de mi tardío descubrimiento.

Sonia no conocía mis señas. Yo únicamente le dije que tenía a Landers encerrado en el trastero. Apunté mi dirección en un papel y se lo di para que lo transmitiera a Davison. Y ella... RECITO DE CORRIDO MI DOMICILIO SIN MIRAR PARA NADA EL PAPEL.

Lo que contestó mi amigo fue una sorpresa más. Ya no venía de una:

—Lo sabía, Roger. Sabía que ella era el «jefe». Lo descubrí tarde. En realidad, cuando se acercó a mí lo hizo con este fin...

—¿Y por eso... quiso librarse de ti?

—Sí. Les vi un día a los dos. A Sonia y a Turner. Fue solo un momento de pasada. Estaban en un bar. Hice como que no les había visto, pero para Sonia fue suficiente. Quiso asegurarse y ordenó quitarme de en medio.

—¿Imaginaste que lo harían aquella noche?

—Yo no iba al almacén. Venían a buscarme la mercancía a mi apartamento. Donde tú creíste matarme. Pensé que cualquiera de los que trabajan para Turner podría matarme y nada mejor cuando fueran a por la valija.

—¿Pensaste en que me mandarían a mí?

—Eso era lo de menos, pero no dejaba de ser lógico conociendo la suspicacia de Sonia, mucho más lista que Turner. Si yo te había recomendado, sólo podía significar que eras otro «federal» y el único sistema de probarte era obligarte a matarme.

—No se fiaron de mí. Ed y Badder venían detrás. Bueno... Ya les viste.

—Sí. Y era natural. Suponían que los dos nos pondríamos de acuerdo. Luego aparecían ellos y mataban dos pájaros a la vez.

—Por eso a Sonia le quedó la duda —comprendí—. Sí. Claro. Ella fue la que quería hacerme confesar por todos los medios de que yo pertenecía al cuerpo y luego me puso a prueba coaccionándome

para que traicionara a Turner. No caí en la trampa hasta que creí que la verdadera culpable era Paula. Pensé de ella con toda claridad lo que debí pensar de Sonia...

—A ella no le importaba demasiado tener a un agente en la banda. En cierto modo, podía conocer algunos detalles. Lo importante era que no la descubrieran.

—Yo lo hice demasiado tarde, Don. Le hablé de Paula y ahora la habrán secuestrado. La matarán...

—Tal vez, no. No creas que Paula es sólo una muñequita frívola con un cuerpo de campeonato.

—¿Quién es en realidad?

—Una de nuestras agentes.

—Me lo estaba imaginando.

—No te dije la verdad desde un principio, porque lo más posible es que no lo hubieses creído, aparte de que en los primeros días, debías seguir ignorando todo. Así, si te acusaban abiertamente, tus negativas habrían resultado más naturales.

—Debemos hacer algo por ella. ¿Dónde la habrán llevado?

—Al sótano del almacén. Es un buen escondrijo. Pero tendrás que arreglártelas solo, Roger. Yo no puedo aparecer.

—Descuida.

Don aceleró dirigiendo el coche hacia el mercado central.

—Ahora —dije al cabo de un silencio— hemos perdido la oportunidad de llegar al desenlace de ese misterio que se traen entre manos.

—Todavía no, amigo.

—¿Tenéis algún plan?

—Te tenemos a ti. Seguirás la comedia hasta el fin.

—Pero ahora ya he enseñado mi juego.

—Pero oficialmente no has descubierto a Sonia. Tu papel será el de cebo...

—... a quien tarde o temprano acaba por morder un pez.

—Desde luego, estás en tu derecho de negarte.

—No, Don. Nunca doy la espalda al peligro. Además... me intriga eso del bicarbonato. Y lo de los números.

—Es posible que llegues a saber la verdad. Si abandonas, sería tanto como demostrar que lo habías descubierto todo y ello les pondría en guardia. Se volverían cautos.

—Ahora no seré más que la víctima propiciatoria.

—Tu vuelta les demostrará que no has descubierto a Sonia. Te llevarán...

—... prácticamente como rehén —concluí.

Habíamos llegado a las cercanías del almacén.

Bajé del coche.

Don me indicó la entrada del sótano que yo desconocía.

—Es posible que la tengan maniatada con alguien vigilándola.
No hagas ruido.

—Descuida.

—Si hay más de un hombre, no hagas nada. A menos que te descubran, pero eso echaría por tierra los planes para el futuro.

—Procuraré atacar por sorpresa.

La fuerte mano de mi amigo sujetó mi brazo.

—Es una buena chica, Roger...

Sonreí.

—Y te quiere, amigo. Cuando lo dijo debía ser verdad.

—Lo descubrí demasiado tarde.

—Te la traeré enterita.

Poco después me camuflaba dentro del almacén.

CAPÍTULO XII

La pesada lámina de hierro se abrió bajo mis pies sin el menor chirrido.

Desde la estancia principal del almacén se descendía por una escalera de madera hasta el sótano.

Una débil luz llegaba hasta mí e iba haciéndose más visible a medida que descendía los escalones.

El hombre estaba sentado en un taburete con la espalda apoyada a la pared y los pies sobre un cajón.

Me daba la espalda y a menos que se volviera no podía verme.

La bombilla que colgaba del techo era de escasos vatios, por lo que el amplio recinto ofrecía un aspecto más grande todavía por las inmensas zonas que quedaban en las tinieblas.

¿Habría alguien más?

Decidí arriesgarme.

Seguí descendiendo, sin que mis pies, con su roce, delataran mi presencia.

El hombre bostezó.

No se trataba de Ed ni de Badder. Más bien de uno de los dos que fingieron atacarme en el parque.

Mentalmente ya había calculado dónde debía dar el golpe para fulminarlo.

Pero existía un pequeño contratiempo. Para llegar a su altura, durante un momento tenía que verme.

La solución estaba al alcance de mi mano.

Un interruptor casi al final de la escalera. Si era el que daba luz a la bombilla estaba salvado.

Di la vuelta a la llave. El sótano quedó oscuro.

El tipo se levantó maldiciendo.

Fue directamente al conmutador.

Me guíé por el instinto.

En cuanto su mole tropezó con mi cuerpo ya mis manos se blandían en busca de los puntos clave.

No acerté a la primera, como hubiese sido mi deseo.

El tipo se revolvió buscando mi rostro con su puño.

Descargó en el aire varios puñetazos que me habrían puesto en un serio compromiso de alcanzarme.

Luego seguimos en un tenaz cuerpo a cuerpo. No me convenía perder su contacto. Tarde o temprano habría terminado por esgrimir un revólver. No sólo esgrimir, disparar.

Logré calcular las distancias y soltar un buen zurdazo a su abdomen. Di en el blanco. Seguidamente probé fortuna con la derecha.

El impacto machacó su rostro y su cabeza fue a chocar contra la pared.

Con los ojos más habituados a la oscuridad, le busqué.

Se levantaba jadeante cuando volví a la carga.

Otra serie bien dirigida bastó para que el tipo empezara a desplomarse.

No obstante, me aseguré con un nuevo golpe de karate.

Di la luz convencido de que no había nadie más.

La voz de Paula me guió hasta donde estaba.

¡Dios, lo que habían hecho con ella!

Alguien debió ensañarse golpeándola. Su vestido, muy ajustado, como todos los de su colección, estaba prácticamente roto.

Palabra que en aquellos momentos no me fijé en las partes de su cuerpo desprovistas de ropa, que eran bastantes. Al menos, no me fijé en ellas de un modo sensual.

Desaté la cuerda que sujetaba sus manos, que a su vez tenía atadas a un gancho clavado en la pared.

Luego los pies.

Me admiré de su temple. Estaba seguro de que no había lanzado un solo grito. Tampoco conmigo manifestó signo de dolor alguno, pese a los hematomas visibles en su rostro, pecho y piernas.

—¡Salvajes! —mascullé.

Ella se limitó a preguntarme con naturalidad:

—¿Ha venido solo?

—Don está conmigo.

No hizo el menor comentario.

Al comenzar a andar dio un traspié. Fue el único signo de debilidad.

La cogí en brazos.

—¿Se siente paternal? —preguntó con cierta ironía.

—¿Cómo puede bromear? —dije mientras ascendía por la escalera.

—No me compadezca. ¿Sabe por qué me zurraron?

—Porque son unos...

Por un momento estuve a punto de olvidarme que estaba delante de una señorita y a punto estuve de soltar una palabrota. Me contuve.

Ella siguió:

—Esta noche necesitaban a todos. Iban de «redada». A mí me asignaron a un par, pero luego decidieron que con uno sería bastante.

—Y usted se defendió...

—En cuanto iba a atarme le di ocasión de aumentar sus conocimientos de lucha. Conseguí hacerle morder el polvo tres veces, pero el muy valiente decidió utilizar el revólver.

—¿Le pegó con él?

—Por la espalda. Era el único modo.

Llevándola en brazos tenía ocasión de sentir su musculatura. Tras la fineza de sus líneas se encerraba una carne endurecida por la práctica del deporte.

Era esbelta, pero maciza a la vez. ¡Cómo engañan las apariencias!

En fin...

Se la entregué a Don, que aguardaba impaciente.

—Yo cuidaré de ella. Ahora prepárate para representar una buena comedia. Es imprescindible.

Ella intervino:

—¿Le dejas que continúe en activo?

—Ya le advertí del riesgo —replicó mi amigo.

—Dime lo que tengo que hacer —solicité a mi vez.

—Lo primero, llamar a Sonia antes de que se entere de lo ocurrido.

—El tipo al que aticé tiene para un buen rato.

—Mejor. Ahora escucha atentamente.

Grabé en mi mente las instrucciones de Don y fui en busca del primer teléfono.

Llamé a Sonia.

Procuré poner una voz de acuerdo con las circunstancias.

En cuanto oí su voz, ataqué.

—Sonia... ¿Me reconoces, verdad?

—¡Roger! ¿De dónde llamas?

—De mi casa. No puedo conciliar el sueño...

—¿Y me llamas sólo por esto?

—No, querida... Ya sé que es una hora inoportuna, pero... ¿por qué no te vistes y nos vamos a bailar?

—¿Cuántos *whiskies* has tomado? —replicó su voz.

—Estoy sereno, palabra.

—Pues anda, tómate un somnífero. Uno de esos que administrabas a... Landers.

—Está bien. A propósito. Davison ya se lo ha llevado, al menos no está.

—¿Has visto a Paula?

—No. Pero apuesto a que está con Turner. Pero no importa, ya la veré mañana.

Partiendo de la base de que Sonia estaba con Turner... traté de imaginarme el diálogo.

Turner: —¿Por qué habrá llamado?

Sonia: —Creo que aspira a ocupar el puesto de Don.

Turner: —¿Enamorado?

Sonia: —Sólo a un idiota se le ocurre llamar a esas horas para invitarme.

Turner: —O a un tipo listo que te está buscando la vuelta.

Sonia (Con una carcajada): —¿Tan listo como para confesarme precisamente a mí que tiene en su casa a Landers y entregarme en bandeja a Paula? Eso no tendría sentido.

Turner: —Pero él lleva intención desde el principio de desennmascarnos.

Sonia: —No temas. No lo conseguirá. Es decir... le dejaremos llegar hasta el final. Luego...

Y posiblemente muy poco después sonó el teléfono otra vez y alguien informó de la desaparición de Paula.

Voz: —Se la han llevado.

Sonia: —Eres un imbécil. ¿Quién ha sido?

Voz: —¡Eh, oiga! Yo he pedido por Jack Turner. ¿Quién es usted?

Turner (Tomando el teléfono que le ofrece Sonia de mala gana): —No te preocupes, pedazo de inútil. ¿Qué ha pasado?

Voz: —Un tipo me ha golpeado a traición.

Turner: —Y has estado media hora inconsciente.

Voz (Con orgullo profesional): —¿Yo? ¡Qué va! Apenas unos minutos.

Turner: —¿Le reconociste?

Voz: —No. Apagó la luz.

Turner: —Bien. Voy para allá.

Turner (Colgando y dirigiéndose a Sonia): —¿Tu enamorado?

Sonia: —Según parece me llamó a la misma hora en que rescataban a Paula.

Turner: —Una buena coartada. ¿No crees?

Sonia: —Hay un sistema para averiguarlo. Voy a llamarle. Si me ha telefonado desde el almacén no habrá tenido tiempo de regresar a su casa.

La llamada de Sonia me dio la razón con respecto al diálogo imaginado.

Porque mi teléfono empezó a sonar cuando yo abría la puerta de mi apartamento.

Me había costado diez dólares de propina al taxi y un buen hartón de correr para encontrarlo.

—¿Sí? —dije descolgando.

—¿Eres tú, Roger? —respondió la melosa voz de ella.

—Claro, Sonia. Me alegro que me hayas llamado. ¿Aceptas mi invitación?

—Hoy no, querido. Pero mañana, ¿mantienes tu palabra?

—¡Cómo puedes dudarlo!

—Pues sólo te he llamado para esto. Sentiría haberte despertado.

Imaginé que después de colgar, entre los dos compinches se levantaría la barrera de la duda.

Era suficiente por el momento.

De todos modos, tarde o temprano me darían el pasaporte para el matadero.

CAPÍTULO XIII

Acudí al almacén tan pronto fui llamado con la máxima urgencia.

Antes avisé a Don.

—Salgo para allá.

Desde un teléfono de la División, replicó:

—Sospecho que acelerarán los planes. Procura tenerme al corriente. Todos estamos pendientes de tu llamada.

Me sentía un personaje sumamente importante. ¡Nada menos que el FBI pendiente de mí!

No podía defraudarles.

—Salimos para Nueva Jersey —fueron los buenos días de Turner.

—¿A Nueva Jersey?

Todo estaba preparado.

Una furgoneta esperaba y en ella, con Turner al volante y el resto en el interior, partimos inmediatamente.

El jefe no había demostrado en absoluto que conocía mi juego, aunque eso ya lo había supuesto.

Lo que lamentaba era no haber tenido tiempo de comunicar siquiera con Don.

Miré a mis compañeros. Iba el completo. Ed, Badder y los dos del parque (uno aún conservaba los morados de los golpes que le propiné la noche anterior). Sólo faltaba Landers. Naturalmente, no podían pasearlo delante de mis narices.

—¿Sabe alguien lo que vamos a hacer en Nueva Jersey?

Ed sonrió.

—Bucear.

Pensé que se trataba de una broma.

De cualquier modo me habían ganado por la mano.

Si no avisaba a Don..., ¿de qué servía seguir la comedia?

La oportunidad se presentó cuando Turner detuvo el coche delante de un surtidor en la carretera.

—Que nadie se mueva.

—Tengo que salir a... —insinué.

—He dicho que nadie se mueva.

—Es que tengo ganas de...

—¡Te aguantas! —Fue su réplica tajante.

Mal. Las cosas no podían ir peor.

Cuando salí de la furgoneta estaba en una parte de Nueva Jersey totalmente desconocida para mí.

Aquello era una «marina»^[1].

—¿Qué diablos hacemos aquí? —dije mirando en derredor.

El inmenso puerto artificial totalmente lleno de embarcaciones de todos los tipos se dividía en varios sectores a los que se llegaba por pasarelas de madera, perfectamente construidas.

Me fijé que cada embarcadero o bloque ostentaba un número, lo mismo que el lugar que ocupaba cada uno de los yates, lanchas, etc.

—Seguidme —dijo el jefe sin hacer el menor caso a mi pregunta.

Llegamos hasta la puerta de lo que debía ser la administración. Mientras él entraba, los demás aguardamos.

Salió poco después acompañado de otro hombre.

—¿Así que ha decidido dar un paseo por mar?

—Se lo prometí a mis amigos.

—Sí... Hoy hace un buen día. Avisaré a Joe.

Joe era un joven pecos, de no más de veinticinco años.

—Saca el yate del señor Morgan...

El tal Morgan no era otro que el propio Turner. Interesante, pero... yo seguía sin poder avisar a Don.

Paseé la mirada, nervioso, en tome al panorama.

Embarcadero 52, 54, 80, 12, etc.

Números, números...

¡N-U-M-E-R-O-S!

La clave.

Busqué en el suelo los números de los distintos barcos.

26, 27, 81.

Me retiré prudentemente, para examinar la agenda que afortunadamente no había entregado a Don.

Miré algunos de los números.

5211, por ejemplo.

Los dos primeros podían ser los del embarcadero. Los otros dos el número de embarcación. O viceversa.

Me incliné por la primera hipótesis, puesto que *grosso modo* pude darme cuenta que las numeraciones por embarcadero llegaban sólo al noventa y nueve. O sea noventa y nueve barcos por cada bloque. Los bloques, en cambio pasaban del centenar.

Sólo los yates grandes ocupaban un bloque cada uno.

¿Pero qué diablos se escondía tras aquellos números?

Acaparé mi atención la evidente complicidad de Joe y Turner.

—Yo le indicaré desde arriba el lugar exacto.

—De acuerdo, Joe.

Subimos todos sobre la lancha del jefe. Era bastante grande.

El propio Turner la puso en marcha.

Entonces, cuando ya nos alejábamos, me di cuenta de que el pecos Joe sostenía algo en la mano.

¡Un puñado de saquitos!

Turner habló para dirigirse a mí:

—Ahora sabrás que el valor de las cosas a veces no está en el contenido, sino en el envase.

—¿Se refiere a los saquitos, no?

—Sí. Son simplemente una contraseña. Joe nos facilita lo «nuestro» a cambio de los pequeños sacos. Veinticuatro en total.

—¿Y los números? —inquirí.

—Ya te dije que correspondían a la fabricación —sonrió y luego agregó—, pero a alguien se le ocurrió que podíamos utilizarlos como clave.

Empezaba a estar bastante claro, pero no lo suficiente.

Turner detuvo la lancha tan pronto hubimos salido del embarcadero, fuera de toda mirada indiscreta.

Los hombres, como si hubiesen sido advertidos de antemano, se quitaron sus ropas con rapidez, cambiándolas por trajes propios para el buceo.

—Mucho cuidado —advirtió Turner.

Poco después, provistos con los correspondientes depósitos de oxígeno, se sumergían.

—¿Y yo qué pinto aquí? —pregunté.

—De momento, nada. Espera y verás lo que nunca nadie soñó.

Media hora más tarde regresó Ed con media docena de envoltorios cubiertos de plástico, que indudablemente habían permanecido mucho tiempo bajo el agua.

—¿Y los otros?

—Vienen con el resto.

—¿Difícil?

Ed sonrió.

—Coser y cantar.

Turner deshacía uno de los envoltorios. La protección contra el agua era perfecta.

Al fin salió una bolsita bastante abultada.

Vació su contenido en su mano. Enseguida todo resplandeció en mil destellos azulados.

—¡Brillantes!

—Como jamás los has visto en tu vida. Cinco millones en diamantes en veinticuatro bolsitas...

—Un modo hábil de entrarlos en el país.

—Mucho más de lo que supones, Roger. Tardé más de un año en conseguirlos.

—¿Por qué no lo cuenta todo de una vez, Turner?

—Voy a satisfacer tu curiosidad.

Poco a poco fueron llegando los otros tres. Cada uno de ellos entregó sus seis bolsitas.

El relato de Turner fue más bien breve, pero sorprendente.

—El cargamento llegó el año pasado. Habría sido muy fácil pasarlo, pero los del FBI iban tras los estupefacientes. Alguien dio un falso informe y las sospechas recayeron sobre el barco que transportaba este tesoro. —Y señaló los brillantes—. La culpa —siguió— fue de mi socio. Un tal Lou Ferrer.

Recordaba el nombre por haberlo visto anotado en la agenda de Don.

—Lou —continuó Turner— había traficado en drogas y cuando olieron que estaba de por medio pensaron que no podía tratarse más que de heroína o algo por el estilo. Se lanzaron como buitres sobre el barco, pero Lou consiguió arrojar la mercancía por la borda.

»Sólo él conocía el emplazamiento más o menos exacto, pero no

podía hablar. Le trincaron. No por las drogas, sino por pequeñas cuentas que tenía pendientes con la justicia.

»Como no era prudente que nadie conociera nuestra asociación, decidí esperar. Espera vana porque Lou murió en presidio, de muerte natural.

»Decidí buscar los diamantes por mi cuenta, pero Lou se me había anticipado. Cuando se vio encima la muerte confió su secreto a un compañero. Era un buceador llamado Sarto.

»Logró reunir los diamantes y, siguiendo las instrucciones del propio Lou, los distribuyó en veinticuatro paquetes que ató bajo las embarcaciones de esa “marina”.

»Como me necesitaba a mí para vender la mercancía, no tuvo más remedio que comunicarse conmigo.

»Como la policía iba tras él, decidimos que nuestro punto de reunión sería el “Karamalis”, nombre que inventamos nosotros. Lo de los saquitos fue idea mía. Si los federales se pasaban de listos se encontrarían con dosis masivas de bicarbonato.

—Así, a medida que Sarto recuperaba los brillantes, llenaba los saquitos y los dejaba cada vez en sitio diferente. Era una doble contraseña... ¿Me equivoco?

—En absoluto, Roger. Cada saquito era un puñado de brillantes atados bajo una embarcación, y el número de fabricación del saquito correspondía al bloque y barco correspondientes. Claro que yo no conocía en absoluto el sistema. Sarto no pensaba comunicármelo hasta el final, porque no se fiaba de mí y hacía bien pero cometió el error de confiar en cierta mujer...

Enseguida pensé en Sonia, aunque no lo dije.

—Ella le sacó la verdad. Entretanto, Don se había puesto de por medio y hubo que darle el pasaporte... ¿Lo recuerdas, verdad?

—¿Y qué fue de Sarto?

—Fuiste el último que lo vio con vida. El pobre tuvo un fatal accidente ayer noche.

—¿Se llamaba Sarto realmente?

—¡Yo qué sé! Posiblemente tú le conociste con el nombre de Joey, un tabernero.

—¡Joey!

—Un tipo que no dejaba escapar un centavo. Una rata...

—Y el pecoso del embarcadero, ¿qué tiene que ver?

—Sarto o Joey, como quieras llamarle, se había puesto de acuerdo con el chico. Sólo ayudaría a los que fueran a buscar la mercancía, si llevaban el saquito numerado. Así se ahorra caer en la trampa que otros pudieran tenderle, si por algún conducto se enteraban del secreto.

»Joe, el del embarcadero, conocía bien los números. Por tanto, si alguien se hubiese presentado con otros sacos, también se habría dado cuenta.

Admití sinceramente:

—Un plan perfecto, sí, señor, y sobre todo, por su montaje por piezas. Cada uno obraba desligado de los demás. Creo que esto no lo han intentado siquiera le guionistas de Hollywood.

Regresamos a la «marina» y yo presentí que a partir de entonces cada minuto aceleraba mi final.

Los cuatro perros fieles de Turner se despidieron. Cada cual echó por su lado.

Una próxima reunión quedó fijada para el mes siguiente.

Turner, sin soltar la bolsa donde había depositado las veinticuatro bolsitas que valoraba en cinco millones de dólares, me indicó el camino de la furgoneta.

Cerca había otro coche aparcado. Dentro estaban Sonia y Landers.

Calculé mis probabilidades de huir.

Turner debió adivinar mis pensamientos, porque me advirtió muy amablemente:

—Te advierto que te estoy encañonando con un revólver. Fíjate en mi bolsillo.

—Me sorprende, Turner. ¿Usted con armas?

Sonia salió del coche para saludarme.

—Lo siento, querido, tendremos que aplazar indefinidamente nuestra planeada salida a un club nocturno.

Sólo me limité a sonreír.

¿Qué podía hacer?

Iba a perder la vida y la oportunidad de hacer un servicio al FBI.

El coche iba a arrancar conducido por Turner cuando un motorista de tráfico se acercó.

—¿Se dirigen a Nueva York?

Turner asintió.

—Ha habido un accidente a media milla de aquí. Hay muchos heridos graves. Son necesarios todos los coches posibles. ¿Quieren colaborar?

—¿Es que no hay ambulancias? —protestó Turner.

—Es necesario ganar tiempo, señor. Ya le he dicho que hay muchos heridos graves.

—¿Qué clase de accidente ha sido?

—Dos autocares.

Turner pensó que no era caso de armar un escándalo.

Yo pensé que aquello podía ser mi oportunidad.

Lo fue. El lío era inmenso. Dos autocares averiados y un montón de coches formando una barrera franqueable. A los que había se unieron los que venían detrás. Un atasco imponente. De allí no había forma de salir.

Cuatro sanitarios se acercaron a nuestro coche por lado.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca hicieron algo muy impropio de lo que por su aspecto aparentaban.

Me divertí bastante cuando les vi empuñar otras tantas metralletas, al tiempo que uno de ellos ordenaba.

—Levanten las manos si no quieren morir acibillados. No tienen escapatoria posible.

Sin perder mi sonrisa, me abrí paso hasta la puerta.

—Con permiso.

Salí al tiempo de ver llegar a Don acompañado de otro hombre.

Sonia lanzó un chillido. Turner palideció. El menos sensible de todos era Landers. Tal vez porque todavía le duraba el efecto de los somníferos.

—No soy un fantasma, querida. Ya conoces al capitán Davison...

Intervine para decir:

—Por cierto que anoche olvidaste llamarlo. ¿O acaso confundiste a Davison por Turner? —Chasqueé la lengua con cinismo. Era una especie de represalia a tanto engaño.

—No era bastante saberte culpable, Sonia. Teníamos que averiguar qué llevabais entre manos.

Davison me miró.

—Gracias, señor Hudson. Don nos habló mucho de usted... Luego supe que nos habían estado siguiendo, motivo por el cual habían llegado a tiempo a preparar la caza, con mucho ruido y poca

sospecha.

—¿Se aclaró lo del atraco? —preguntó ella.

—Claro, nena, y el atracador ya está entre rejas.

—¿Y aquel día que la policía te persiguió en el parque? —siguió preguntando ella.

—Un regalito de Don. Me la mandó para que Turner acabase de tragarse el cuento de que yo no era un presentante de la Ley.

—¿Y qué ha sido de la rubia? —siguió preguntando ella.

—¿Te refieres a Paula? ¡Ah! Pues... supongo que tarde o temprano ella y Don se casarán... Que es exactamente lo que haremos nosotros.

Ella me miró llena de amor.

Bueno... Ya habrán supuesto que «ella» era Jane...

Sí, amigos, a su lado creo que iba a ser posible seguir al pie de la letra el consejo de mi padre, de que no me metiera en líos.

Además..., hay otra razón, y es que Jane... me gusta, canastos. ¿Hay alguien que no esté conforme?

FIN





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772

NOTAS

[1] Nombre español con que se designan, en USA, enormes embarcaderos que cuidan de guardar durante el invierno las embarcaciones de recreo. < <